

tan lejos que su voz no vuelva a despertar su corazón dormido. Debía pensar que ese amor había muerto y que jamás resucitaría, pero sus sentimientos, sus sueños e ilusiones derrotaban toda razón, toda lógica y lo hacían creer en imposibles. Nunca creyó en un reencuentro y toda su quimera se tropezaba con aquella convicción y lo derrumbaba, lo dejaba vacío con el dolor de una reminiscencia imborrable, sabiendo que era imposible revertir el presente para alcanzarla y abrazarla en el pasado; ahora su presente y su futuro era mirar durante horas las estrellas para ir dejando su recuerdo grabado en ellas. ¿Es que era demasiado egoísta querer amarla? Quizás su egoísmo era no querer amarla en silencio, como un niño enloquecido de amor, no permitir que su amor se fuese desvaneciendo en un cariño profundo, lejano y cercano a la vez, que la tocara en todo momento, penas y alegrías.

Sintió un pequeño ruido, probablemente sólo era la brisa que agitaba los matorrales, miró a sus pies, pero únicamente distinguía manchas claras, oscuras, toda la vida tenue, abigarrada por la oscuridad de la noche. Se sentó sobre la baranda, tenía deseos de saltar, de dejarse caer suavemente, libre, sin temores, respirando pausadamente, olvidándose de todo, sintiendo que era parte del aire y que nada tenía más sentido que dejarse llevar por esa sensación de lujuria, de goce en la libertad de la nada. Pensaba en la deliciosa sensualidad del viento recorriendo su cuerpo, su pelo, su cara, dejándolo caer tranquilamente hasta que todo terminase de pronto, sin dolor, sin preámbulo. Muchas veces solía meditar en lo extraña y misteriosa que encontraba la idea de la muerte, le gustaba imaginarla, tratar de sentirla, era más que una tendencia suicida, era una fascinación por desentrañar lo que había más allá de esa puerta. Quizás lo único que buscaba era poder salir de su sufrimiento, su soledad, sus vacilaciones y cobardías, esos negros callejones cotidianos que recorría amargamente y que lo llenaban de un desamparo y de una desesperación que lo hacían querer escupir, insultar, romper todo lo que le rodeaba, hacer cualquier cosa que liberara esa angustia inmensa que le llenaba la cabeza de ideas banales en que

nada trascendía más allá de esa frontera. En esos momentos lo invadía una necesidad de encerrarse en su pieza, mirando desde allí, con ojos nublados, el mundo, leyendo o pensando, sin otra obligación que respirar, y escribiendo cuando algo en su pensamiento aflorase como un amanecer en el lado oscuro de la luna. Escribir como más que un desahogo, como un grito exhalado a través de las letras mudas, como una explosión tratando de romper el silencio de sus rincones. Escribir sin inspiración, sin rumbo ni tema, en cualquier momento, como si quisiese vomitar todo lo que sentía, todo lo que callaba y le ardía dentro de la garganta, escribir sin censura, sólo escribir auténticamente, sintiendo cada palabra dibujada en el papel, sin detenerse a pensar. Quería que su literatura no fuese sólo un juego racional de ideas, sino que en ella fluyeran sus sentimientos puros, descarnados, sin metáforas, sin rebuscamientos, sin hipocresía.

Tal vez la amaba porque la necesitaba o, por el contrario, la necesitaba porque la amaba. En realidad, nunca supo por qué se sentía tan fuertemente ligado a ella, no eran sólo sus ojos, sus labios, su pelo lo que le faltaba, era toda ella, sus risas, sus enojos, sus caprichos, su singular y espontánea sinceridad, y aquella inquieta libertad que encendía sus ojos verdes, aquella libertad que ahora la mantenía tan lejos.

Se fue alejando de a poco, diciendo adiós lentamente con la mirada y con sus manos vaporosas que ya no alcanzaba a tocar porque, muchas veces, estando a su lado había más de un mundo lleno de guerras y llamas que los separaba, y que hacía que solamente pudiera rozarlas con la punta de los dedos, lo mismo que sus mejillas aterciopeladas. A medida que se alejaba él iba sintiendo que algo dentro, muy dentro de sí, se iba perdiendo, vaciándose, dejando un gran dolor en su interior que se escondía para no salir. Sentía que perdía la luz que había logrado iluminar su poesía mortecina y que se había adueñado de sus rimas y de sus palabras. Ahora, sus poemas le hablarían desde un cajón y él callaría, miraría a todos lados tratando de pensar en otra cosa, pero sin conseguirlo.

El arroyo se veía platinado por los

trozos se luna que flotaban en su superficie, el agua transitaba muy despacio, tan quieta que parecía un espejo. Una leve brisa lo despeinó y casi apaga el cigarrillo que estaba fumando. No le gustaba fumar, pero a veces lo necesitaba, era una buena compañía, podía hacer anillos de humo o quemar hojas secas con el extremo encendido, podía calentar sus manos o simplemente jugar con él entre sus dedos, le gustaba sentir cada inspiración como un ardor hondo que traspasaba su garganta y que llegaba hasta su pecho y se quedaba alojado allí unos segundos. Apagó el cigarrillo y se sentó dejando que sus pies se apoyasen en los soportes de la baranda. De pronto, en medio de la oscuridad, vio cómo una cabellera luchaba contra el viento y cómo unos ojos color hierba fresca y de grandes pupilas se acercaban despacio y en silencio. Ella sonreía, maliciosa e ingenuamente a la vez, nunca la había visto más bonita y nunca se había alegrado tanto de verla. Su corazón buscaba salir de su pecho para poder latir más fuerte y sus ojos desorbitados no se despegaban de su rostro. Creía que estaba soñando, y si así era, no importaba, no quería despertar. Su sonrisa era blanca como la luna que la ilu-

minaba y sus ojos se reflejaban en las pupilas dilatadas de él. Lo miró con profundo cariño y él trató de abrazarla fuertemente, pero al hacerlo se desvaneció y sólo quedó el abismo. Se sintió un crujir de hojas y después estaba flotando en la atmósfera ennegrecida y hueca, sentía cómo lentamente lo iba tragando, cómo lo iba consumiendo en su esófago infinito entre bocanadas de aire que lo tironeaban como luchando para impedir su caída. Él se dejaba caer sin moverse, dejaba que la noche fuera cubriendo su cuerpo de luto, no tenía ningún temor, lo único que deseaba era poder mantener por siempre esa paz, ese desvanecimiento en un tiempo sin límites, sin preocupaciones. Sonreía, reía, carcajeaba y hacía sentir el eco de su alegría como ondas que débilmente remecían el aire y que transmitían algo de alegría a las hojas negras que cubrían el abismo. Repentinamente se interrumpió, percibió que el abismo se agigantaba delante de sus ojos y que la penumbra se convertía en una negrura fría y húmeda; sintió que un silencio agudo le zumbaba en los oídos, pensó un instante en ella y luego su cuerpo se hundió rompiendo el cristal de agua.

# Descartes

**Dr. Pedro Rosso R.**

*Profesor Asociado de Pediatría y Profesor Adjunto de Nutrición en el Instituto de Nutrición Humana de la Universidad de Columbia, USA. Profesor Titular de Pediatría, Secretario Ejecutivo de la Comisión de Investigación Científica de la Facultad de Medicina y Director del Centro de Investigaciones Médicas de la Pontificia Universidad Católica de Chile.*

La pieza con la estufa encendida.  
Un oasis personal y tibio  
en el invierno nórdico  
de burgueses con narices frías  
e ideas livianas como el aire.  
Alguien que se exilia del mundo  
que se aísla tercamente  
más temprano que tarde  
comienza a tener visiones  
de cosas grandiosas  
como la mathesis universalis  
o una nueva metafísica.  
Es la antesala de la camisa de fuerza  
a menos que el hombre sea un genio.

Aún así siempre se camina  
al borde de un abismo herético  
y su hoguera en la plaza.  
Especialmente si la ciudad es Utrecht  
y Boecius lo acusa de producir  
“en forma deliberada”  
pruebas frágiles de la existencia de Dios.  
Sobrevivir en esas circunstancias  
requiere de una lógica afinada  
como la mejor relojería  
y —sobre todo— conocer las pasiones  
[humanas  
sin dejarse consumir por ellas.

Nuestro hombre tenía esas cualidades  
aunque para su mente excelsa  
el diario devenir era un pantano.  
Una trampa para hundirse lentamente  
agobiado por la frivolidad mundana  
de intelectuales nobles  
(me refiero a ciertas reinas y princesas)  
que se disputan el honor  
de tenerlo en sus cortes  
como filósofo consultor  
y adorno exótico.

Le imponen tareas fastidiosas:  
organizar programas festivos  
y la escritura de sainetes didácticos.  
Esa vida de inútil esplendor  
tan fácil de asumir

para un hombre vulgar y vanidoso  
representa su ecuación insoluble.  
Una condena ultrajante  
para quien concibe la vida  
como una búsqueda afanosa del saber  
y a Dios como misterio supremo  
y no como Supremo Amor.  
Su fantasma aún ronda las estepas  
de las grandes preguntas sin respuestas.

Su física no ha resistido  
las verdades de la ciencia nueva  
pero sigue intacta su obra de ingeniería  
[mental].

Ese puente hacia el mundo concreto  
que existe más allá de los sentidos:  
la Atlantis filosófica.



# Ceremonia de entrega de títulos

24 enero de 1990

# Discurso del Decano de la Facultad de Medicina Dr. Ricardo Ferretti D.

Una vez más la familia universitaria se reúne para hacer solemne entrega del título de médico-cirujano a una nueva promoción de sus alumnos, y del título de especialistas y grado académico de Magister a un grupo selecto de médicos que ha completado muy satisfactoriamente su formación de posgrado.

Sé bien que lo han conquistado con esfuerzo y aun con sacrificio, movidos por una íntima necesidad de ayudar al que sufre y servir a los demás. La medicina que desde hoy ejercerán no es sólo una

ciencia, ni una técnica, sino una forma de vida, que se alcanza a través de la enseñanza y el ejemplo, que imperceptiblemente han recibido de sus maestros.

Reciben su merecido título en los albores de la última década del siglo XX: que presenció el cambio de la rueda de carreta por los motores a turbina que trascienden la estratosfera, de los inicios de la imprenta por la computación electrónica, de las ventosas de mostaza por los trasplantes de órganos y de las pociones eméticas por la ingeniería genética.

Entrarán en el próximo siglo en la plenitud de su madurez profesional. Tendrán en sus manos parte de los destinos del hombre futuro. Serán profesionales del siglo XXI.

¿Estarán preparados para cumplir su compromiso y su vocación?

¿Les habrá entregado la Universidad las herramientas necesarias para su indispensable adaptación al avance tecnológico que ya nos sobrepasa y que, estoy cierto, en las próximas décadas se incrementará a umbrales inimaginables hoy?

Tengo confianza en su preparación y capacidad. Tengo la certeza de que sabrán disponer del avance tecnológico en favor de los pacientes y de la medicina y que no será este avance tecnológico el que disponga de ustedes, como meros parámetros de un mundo totalmente tecnificado, irracional, sin soporte antropológico, filosófico ni ético.

Los avances tecnológicos, sin duda, les permitirán conocer al paciente por pequeños segmentos de sistemas o tejidos, incluso célula a célula, molécula a molécula.

No se dejen llevar por la tecnología segmentadora. Recuerden siempre al enfermo como lo han visto tratar en nuestras aulas, como un ente global, compuesto por un cuerpo maravilloso, hecho a imagen y semejanza de Dios, que, sin embargo, en ocasiones se enferma, y de un alma inmortal, que, con mayor frecuencia aún, también enferma. Reconozcan siempre al paciente como un todo, no lo fragmenten, y así, en cualquier siglo de la historia, serán buenos médicos, buenos médicos del hombre, buenos médicos del cuerpo y del alma.

Estarán confundidos por su tremenda responsabilidad frente a los avances biomédicos futuros. Con sinceridad creo que han sido dotados de un bagaje de elementos suficientes para poder enfrentarlos y tener éxito. Estos no sólo son conocimientos y habilidades, sino también un profundo sentido del bien común, de la dignidad y de la respetabilidad del ser humano. Juan Pablo II ha expresado con incomparable clarividencia que: "El hombre es el hecho primero, primordial de la cultura". Ustedes han tenido acceso al conocimiento, están técnicamente prepa-

rados, pero a su vez deben ser agentes de amor y caridad, han de aprender a aplicar la caridad de la inteligencia, tal como Su Santidad lo ha repetido en sus mensajes.

Es posible que muchas de las patologías que han estudiado en diez años más ya no tengan vigencia. Serán nuevos los desafíos que tendrán que resolver, y ésa ha sido una labor fundamental de la Universidad: capacitarlos para enfrentar las futuras enfermedades del hombre.

La peste negra diezmó al mundo en la Edad Media; la lepra, la lúe, cobraron su diezmo. La era antibiótica nos hizo celebrar alborozados el fin de ésas y otras muchas infecciones. Sin embargo, no terminábamos aún de celebrar nuestra victoria sobre tantos seres microscópicos de nuestro mundo, cuando apareció solapado, destructor, epidemiológicamente avasallador, el Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida como la más negra de las pestes que, por una parte, nos recuerda la sentencia del Profeta Jeremías: "Subió la peste por las ventanas y entró a los palacios, arrebató a niños en la calle, a los jóvenes de la plaza". Y por otra parte, nos obliga a desplegar todo el ingenio y el esfuerzo de la humanidad para tratar de detenerla y arrebatar de sus mortíferas garras a nuestros hermanos. Confío en que no terminará este siglo sin haber eliminado esta nueva peste negra que nos azota, y cuya prevención no se encuentra en la farmacopea, sino en una vida conforme a la dignidad del hombre.

Hipócrates presentó su juramento hace ya más de veinte siglos: si quieren ser buenos médicos del siglo XXI respeten esas enseñanzas, que al igual que las de la Iglesia Católica sobre el hombre y el mundo, son válidas para los primeros y últimos siglos.

Enfrenten su vida profesional con confianza y con fe en ustedes mismos, y en la humanidad. Sean humildes, sencillos y dúctiles. Abran su vida y su corazón para ser emisarios del buen samaritano, sigan sus enseñanzas y vivirán felices y entregarán felicidad a todos aquellos que los rodean: sean médicos ante todo, médicos del cuerpo y el alma, pues así estarán vigentes en cualquier siglo.



# Discurso del mejor alumno de la promoción 1989

**Dra. Andrea Vogel Sánchez**

*Ex alumna del Colegio Alemán de Temuco. Matrícula de Honor (1985) en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Además de su excelencia como alumna, posee grandes condiciones humanitarias. Por decisión personal, no postuló a una beca de especialización y optó por un cargo de Médico General de Zona del Ministerio de Salud.*



**E**n esta tan especial ocasión acuden a mi mente un sinnúmero de encontrados sentimientos. Por un lado, la satisfacción de la etapa ya cumplida, con recuerdos que se remontan al inicio, con las dudas y temores de si será o no el camino adecuado y existirá la vocación indispensable; luego las ansiedades de la formación, con sus sacrificios, esfuerzos y desvelos; hasta llegar al momento actual, con la incertidumbre de la ancha, desconocida e impredecible puerta del futuro que se abre ante nosotros.

Hemos llegado a esta meta gracias al apoyo y colaboración de muchas personas: nuestras familias, los docentes, los amigos y compañeros, y todos quienes de una forma u otra contribuyeron a fortalecer nuestra propia voluntad y esfuerzo, elementos protagónicos de este logro. Es también momento de agradecer a nuestra Universidad, que ha sido el alma mater en donde se han ido plasmando los componentes científicos, éticos, morales y religiosos imprescindibles en la formación de todo profesional y, más



aún, en la de todo médico, dado el relevante papel que a éste le corresponde representar en nuestra sociedad. Es la certeza de haber recibido una óptima preparación en el ámbito académico y humano la que me proporciona una especial disposición y confianza; sumado ello a la vitalidad y sensibilidad propias de la juventud, me hace enfrentar con gran optimismo este amplio horizonte.

Acabamos recién de inaugurar una nueva década. Tal vez una de las características que más marcó al decenio que despedimos es un avance vertiginoso de la ciencia y la tecnología, que lamentablemente no fue de la mano con el crecimiento humanista y espiritual de nuestra especie. Es bien sabido por todos nosotros que esta situación se reflejó profundamente en la medicina, lo que se ha traducido en una progresiva tendencia a la subdivisión artificial del hombre en órganos y sistemas, con el objeto de lograr abarcar el inmenso cúmulo de información que nos abruma. Esta superespecialización es naturalmente necesaria e indispensable, sin embargo, en mi escasa experiencia creo percibir una acentuación desproporcionada de estos valores, que no se ajusta completamente a la realidad de salud que se vive en nuestro país. Nuestra formación de pregrado está fundamentalmente orientada hacia la meta de la especialización, objetivo válido, pero no el único ni el más importante. Algunos de nosotros tuvimos el año recién pasado la oportunidad de conocer más a fondo el quehacer médico más importante en cuanto a magnitud en nuestro país, que corresponde a la atención primaria y la medicina general que se realiza en consultorios y hospitales de baja complejidad técnica. Creo que es primordial para los estudiantes de medicina tomar contacto precozmente en su formación con esta realidad, tanto para no sufrir una malentendida desilusión al momento de egresar y enfrentar las perspectivas laborales, como para valorar el rol del médico general y ver en este tipo de desempeño profesional una alternativa muy válida, con la cual podemos hacer una contribución importante a la salud de nuestra comunidad. Con mucho gusto he encontrado en algunos docentes de esta Escuela la inquietud por difundir estas ideas y facilitar instancias, como el in-

ternado rural, en que se persigue el objetivo que he mencionado; así como también he percibido el apoyo de ellos hacia quienes hemos decidido tomar este camino. Es en este mismo sentido que quisiera recalcar la importancia de la mantención de un vínculo entre los egresados y nuestra Escuela de Medicina; la conveniencia de tener una estrecha relación que permita a los profesionales mantenerse en contacto permanente con los que fueron sus maestros. En algunos casos estos nexos existen; espero que se multipliquen y se vayan enriqueciendo cada vez más. Esto sería provechoso para ambas partes y, en último término, iría en beneficio de la salud de nuestra población. No quisiera que con este emotivo acto finalizara nuestro paso por la Universidad y que nos convirtamos en fríos "ex alumnos"; desearía que pudiésemos volver en cualquier momento como miembros de la familia universitaria, encontrando una amistosa acogida y respuesta a nuestras, quizás, múltiples inquietudes.

Quisiera ahora apartarme un poco del ámbito propiamente médico y compartir con ustedes algunas reflexiones surgidas a raíz de la lectura de un poema de Jorge Luis Borges. Dice en algunas de sus partes:

"Si pudiera vivir nuevamente mi vida  
no intentaría ser tan perfecto me

[relajaría más

sería más tonto de lo que he sido  
correría más riesgos, haría más viajes,  
contemplaría más atardeceres.  
Subiría más montañas, nadaría más ríos,  
tendría más problemas reales y menos  
[imaginarios."

Sigo todavía con Borges:

"Yo era uno de esos que nunca iba a  
ninguna parte sin su termómetro, una  
bolsa de agua caliente, paraguas y un  
paracaídas.

Si pudiera volver a vivir viajaría más  
liviano.

Comenzaría a andar descalzo a  
principios de la primavera y seguiría  
así hasta concluir el otoño.

Contemplaría más amaneceres y jugaría  
con más niños, si tuviera otra vez la  
vida por delante."

Estas emotivas y nostálgicas palabras, escritas por este hombre ya en el ocaso de su vida y con toda su valiosa experiencia, son una voz de alerta para los que estamos

Inauguración del año académico 1990

# Vocación cristiana de estudio

Fr. José María García P., O. P.

*Licenciado en Filosofía y Teología. Ex Superior de la Comunidad y Fundador del Instituto Teológico Dominicano en Concepción. Ex Provincial de la Orden de los Predicadores en Chile. Capellán Interino del Hospital Clínico de la Pontificia Universidad Católica de Chile.*

“Vocación” es una palabra que encierra y expresa un “llamamiento a...”. Todos, desde el momento que “existimos”, que “somos”, es porque fuimos “llamados a existir”. Tenemos lo que se dice “Vocación Ontica”.

Hemos sido llamados a existir, no como existen las piedras, ni como existen las plantas o los animales, sino a existir como “seres humanos”, tenemos también una “Vocación Humana”, de donde arranca la justa y noble lucha para que todos y cada uno vivamos de acuerdo a la dignidad inherente al ser humano.

Cada uno de los seres humanos es llamado a la existencia “por algo” y “para algo”, tiene una “Vocación Personal”, mediante la cual realiza ese “algo” y “para algo”.

El joven que ingresa a la Universidad es porque ha sentido el llamado al “Estudio”, mediante el cual logrará realizar su “Vocación Personal”.

Nada más lógico que hablar, en este primer día de vuestro ingreso y presencia en la Universidad, de la Vocación del Estudio, usando resumidamente ideas y

palabras del P. Sertillanges, O.P., expuestas en su libro *La vida intelectual*. Hay que aceptar desde un principio que la vida de estudio es austera y nos exige grandes sacrificios y obligaciones, lo cual no quiere decir que no tenga sus atractivos, que por cierto son muchos, pero exigen una dedicación de la que pocos son capaces.

Nuestro estudio no será exitoso si no le consagramos lo más preponderante de nuestro tiempo y de nuestro corazón, pues con las cuestiones que dominan la vida y la muerte no se puede jugar.

Estudiar tan sólo en busca de un éxito o por alimentar la vanidad de un título, es un sacrilegio científico y los que así actúan, tarde o temprano se contentarán con las cosas llamativas y triviales en detrimento de las profundas y reales. No cabe la menor duda de que todo estudiante quiere tener éxito en sus estudios, pero obtener la ciencia sin esfuerzo, pese a ser una ambición general, es una vana ilusión. Si quieres el fin, no desprecies los medios que a él conducen.

El genio es una larga paciencia, pero una paciencia organizada, inteligente. Cuando se tiene una auténtica vocación no se necesitan facultades extraordinarias, basta una medianía superior, el resto es producto del esfuerzo y de las sabias aplicaciones.

Tener ideas nobles, hacer grandes proyectos o acometer tareas espectaculares cuesta poco y resulta demasiado fácil. Lo difícil es ponerlas en práctica. Las grandes realizaciones que han hecho progresar al mundo, más que de inteligencias preclaras, han sido producto de voluntades "fuertes y constantes".

Perseverancia tanto en el pensar como en el obrar es la clave del éxito: Dante tardó treinta años en escribir la Divina Comedia.

Virgilio veinte años en escribir la Eneida.

Stephenson quince años en el perfeccionamiento de su locomotora.

Estudiar con coraje y constancia. Animo y entusiasmo, el mundo no está envejecido, queda mucho por hacer. Sé joven rebelde, sí, pero no ciego.

La inteligencia, dice el P. Sertillanges, no es más que un utensilio, sus efectos son determinados por su manejo, y debe-

mos estar conscientes de que para manejar bien la inteligencia se precisan otras cualidades que la inteligencia misma, v.gr.:

a) La Metafísica, al hablar de los trascendentales, nos afirma que la *Verdad* y el *Bien* no sólo están unidos, sino que se identifican. La verdad y el bien, pues, anidan en el mismo terreno, sus raíces se comunican. Atentad contra uno de los dos y el alma se pone anémica o el espíritu se empobrece. Los desórdenes mentales de cualquier género influyen poderosamente en la adquisición de la ciencia.

b) No sólo pensamos con la inteligencia, pensamos con todo nuestro cuerpo. El pensamiento nace en nosotros después de largos preparativos, en los que la máquina corporal toda entera ha sido puesta en acción. La química celular está en la base de todo. El cambio, dice Santo Tomás de Aquino, mediante el cual pasamos de la ignorancia a la ciencia debe ser atribuido directamente al cuerpo y solamente y accidentalmente a la parte intelectual. (*Q. XXVI de Veritate*, art. 3 ad 12 m.) De ahí que en el intelectual todo debe ser intelectual.

c) De lo anterior se desprende lógicamente que el dominio corporal y la adquisición de las virtudes no son un simple adorno, sino algo que influye poderosamente en la adquisición de la ciencia. La ciencia depende, pues, de nuestras orientaciones pasionales y morales. Los vicios distraen la atención, la dispersan, la desvían.

d) La pureza del pensamiento depende de la pureza del alma: el orgullo nos encierra en nosotros mismos y nos hace perder el sentido de lo universal. La sensualidad oscurece la inteligencia, debilita el cuerpo y disipa la memoria. La envidia rechaza la verdad vecina. La irritación nos ofusca y afirma en el error. La disciplina del cuerpo será, pues, la más preciosa salvaguarda de tu futuro.

Es una gran torpeza y anacronismo el creer que para ser universitario hay que darse ciertos aires de ateísmo o indiferencia religiosa.

Si bien es cierto que lo religioso, como todas las cosas manejables por el hombre, está sujeto al abuso y tergiversación, no es menos cierto y absurdo el pensar que lo religioso es algo previo a lo científico,



algo subjetivo, prerracional y por lo tanto inútil a medida que se va adquiriendo la ciencia, que es racional, verificable.

El error nuestro es, a veces, hacer de Dios un médico o un ingeniero. Dios no nos suplanta, actúa a través de nosotros. No hay que esperar de Dios algo menor que El mismo. Las cosas menores que Dios debe conseguirlas el hombre con la fuerza que Dios le ha dado.

Todo cuanto instruye conduce a Dios. Toda verdad auténtica es eterna en sí misma y la eternidad que lleva en sí orienta hacia aquella verdad, de la que no es más que una manifestación. La ciencia nos va revelando, cada vez más y más, las maravillas de Dios, por eso cuanto más sabios más creyentes. Acontece a los sabios, según un notable escritor, lo que a las espigas: crecen y se elevan con la cabeza erguida, mientras están... vacías. A medida que van llenándose de los granos que las forman, se inclinan y humillan vencidas por el peso de la madurez.

El gran físico Andrés Blondel sostenía que la tesis de la incompatibilidad entre la Religión y la Ciencia sólo existe en los arrabales científicos, no entre gente con calidad de sabios.

No hay sección en las Academias de Medicina, Cirugía, Ciencias, Astronomía, Geometría, Mecánica, Física, Química, Historia Natural, Mineralogía, Geología, etc., que no cuente con fervientes y piadosos cristianos; basta recordar los nombres de Volta, Ampère, Ohm, Faraday, Joule, Watt, Oersted, Gassendi, Foucault, Lavoisier, Becquerel, Avogadro, Bell, Galvani, Leibniz, Edison, Dessault (creador de los estudios clínicos y quirúrgicos), Müller (fundador de la escuela fisico-química en fisiología), Carnoy (exponente de la nueva ciencia de la biología celular), Roentgen (descubridor de los Rayos X), Gregorio Marañón, Ramón y Cajal, Alexis Carrel (precursor de los trasplantes de órganos y Nobel de Medicina), Marconi, Maxwell, Carnot, Kelvin, Copérnico, Newton, Kepler, Leverrier, Laplace, Galileo, Mozart, Verdi, Haydn, Lesseps (que llevó a cabo la empresa del Canal de Suez), Eiffel (Torre Eiffel), Werner Heisenberg (Nobel de Física) y otros muchísimos más de nuestros días que podríamos enumerar; son contados con los dedos de la mano los sabios no creyentes.

"El sabio (dice el P. John A. O'Brien) que se haya asomado siquiera al borde de las profundidades misteriosas que existen en una partícula de materia, permanecerá en una actitud reverente ante una brizna de polvo o un grano de arena".

El famoso naturalista Linneo decía: "He visto a Dios de paso y por la espalda y he quedado sobrecogido, mudo, herido de admiración y asombro".

"He dudado e investigado mucho, ahora veo a Dios en todo", así se expresa Volta.

Fabre, el más notable de los entomólogos: "No puedo decir que creo en Dios, lo veo, sin El nada comprendo, todo es tinieblas".

"La luz que proviene de la fe, decía Volta, ha sido siempre para mí el foco más resplandeciente de cuantos me han guiado a través de mis excursiones por los campos oscuros de la ciencia".

Pasteur, en el discurso de recepción en la Academia Francesa: "Yo me pregunto en nombre de qué nuevo descubrimiento filosófico o científico se puede arrancar del alma estas elevadas preocupaciones".

Alguien que le preguntaba cómo podría seguir creyendo con todo lo que sabía, respondió: "Porque he estudiado e investigado mucho, tengo la fe de un bretón (gente famosa por su religiosidad), si hubiera estudiado e investigado más, tendría la fe de una bretona".

Leverrier se complacía en hacer ver en su laboratorio dos objetos: su gran telescopio y su Crucifijo: "Yo quiero, decía, subir más alto que los astros".

Haydn, cuando sentía que se le apagaba el fuego de la inspiración, tomaba el Rosario y se ponía a rezarlo, y confiesa que nunca le fue ineficaz ese medio de inspiración.

El gran matemático Cauchy, que a los 22 años sobrepasaba las inteligencias más preclaras de su época, confesaba sin complejo alguno: "Soy cristiano, es decir, creo en la Divinidad de Jesucristo, como creyeron: Ticho Brahe, Copérnico, Descartes, Newton, Fermat, Pascal... como creyeron todos los grandes astrónomos, físicos, matemáticos, de los siglos anteriores. Soy católico, como la mayoría de ellos y si me preguntáis la razón os la daré gustoso, y veréis que mis conviccio-

nes no son el resultado de un prejuicio de nacimiento, sino de un examen profundo. Comparto la fe profunda que confesaron con palabras, obras y escritos: Ampère... y tantos sabios de la época actual”.

Federico Ozanam, siendo joven universitario, empezó a tener dudas sobre la fe y a alejarse de la religión. Un día se le ocurrió entrar en una iglesia y allí en un rincón semioscuro vio a un hombre de rodillas rezando con gran reverencia el Rosario, se acercó y grande fue su sorpresa al ver que era su sabio profesor Ampère. Sus dudas se disiparon de inmediato. “El Rosario de Ampère, diría más tarde, ha conseguido de mí más que todos los libros y todos los sermones”.

Las interrogantes del “de dónde” y el “adónde”; del “por qué” y “para qué”, de la “profundidad” y “transcendencia”, se escapan al discurso físico, sus herramientas no son adecuadas para explorar estos campos. La Ciencia se hace cada vez más consciente de sus limitaciones y descubre que detrás de cada problema físico se ventilan problemas metafísico-teológicos. Así, pues, la verdad de la Ciencia no es toda la verdad, ni la única, ni la última. Con razón decía

Einstein que la Ciencia sin Religión es coja.

Joven del siglo XX y profesional del XXI, testigo de cambios tales como jamás los ha visto el mundo, si quieres ayudar al género humano, ennoblecerle y salvarle con tu profesión, no te olvides de que no hay otras verdades que las Verdades Redentoras. Ellas, a través de la fe, te enseñarán cómo deben ser vividas humanamente las realidades que la Ciencia te vaya descubriendo. La justicia e injusticia, la dignidad de la persona humana, sus derechos, la convivencia, la solidaridad, son problemas que trascienden la ciencia física y empírica, para convertirse en problemas trascendentales y teológicos. Quien de esto se olvide, sus ideales se convertirán, tarde o temprano, en intereses personales, grupales o institucionales, por ello no te avergüences de tu fe, que lejos de disolver el misterio del mundo lo *Ilumina*.

Uno de los discípulos de Haydn le presentó a éste la partitura de una Misa, en que la música del *Credo* estaba subrayada con las palabras “Piano”, “Piannissimo”. Haydn, con letras gruesas, le escribió al margen: “Pero, amigo mío, ¿vos no queréis hacer altamente profesión de vuestra fe?”.

# Bienvenida de la Pastoral Universitaria a los novatos

**Alumno Sr. Bruno Nervi N.**

*Alumno distinguido y Presidente del Centro de Alumnos (1987-88) del Colegio Calasanz. Alumno del 2º año de Medicina y activo miembro de la Pastoral Universitaria en la Casa Central de la Pontificia Universidad Católica de Chile.*

**N**os reunimos hoy día en torno a la mesa del Padre, porque el mundo universitario quiere dar la bienvenida a quienes ingresan a vivir su primer año en él.

El hombre ha perseguido desde siempre conocer los misterios que explican su existencia y el sentido de ella. Una vez que descubrimos que somos obra del Creador y vemos cómo nos regala la vida y cómo se hace presente en ella hasta en las cosas más sencillas, descubrimos cuánto nos ama. Aquí aparece Jesucristo como un

camino hacia el Padre, puente entre lo humano y lo divino. Vino a enseñarnos con la entrega de su vida cómo llegar a Dios, cómo alcanzar la felicidad plena. Amar a Cristo es amar a los que El ama y como El los ama. En esas palabras encontramos el sentido y objetivo de nuestra existencia: servir y amar al prójimo.

Es así como a partir del descubrimiento de las capacidades que nos dio tiernamente a cada uno, las tratamos de explotar al máximo y somos capaces de estudiar varios años y sacrificar muchas cosas

que nos agradan, por nuestro hermano. Toda esa entrega no tiene sentido si no va orientada como un regalo a Dios. Eso es lo maravilloso de ser cristiano, que en los momentos de sacrificio no está triste, sino alegre porque ese dolor tiene sentido, no es en vano; purifica nuestra vida y nos hace más libres.

En esta Casa de Estudios tenemos a la mano todas las posibilidades para adentrarnos en el conocimiento y descubrimiento de una ciencia. Debemos aspirar a conocer la Verdad Absoluta... la ciencia sólo puede develarnos verdades parciales, que, ciertamente, nos acercan al Valor Supremo, la Verdad Absoluta, a Dios. Por eso no podemos dedicar nuestra vida al servicio de la ciencia y del conocimiento; sino que estas dos deben estar al servicio del hombre como instrumentos que nos permitan servirlo y amarlo; esto es, servir y amar a Dios.

Desde nuestros lugar de laicos, ahora como estudiantes y más tarde como profesionales católicos, debemos realizar el objetivo de nuestra existencia: ser colaboradores en la realización del plan divino, para lo que debemos aceptar ser instrumentos del Señor y contribuir con nuestras obras a la construcción del Reino de Dios aquí en la Tierra. Debemos construir, como nos lo dijo el Santo Padre, la Civilización del Amor.

Si alcanzamos un momento de paz y de serenidad de nuestro espíritu nos da-

remos cuenta de que buscamos a Dios. Lo bonito es que "El nos busca a nosotros, El nos llama y nos envía". Es fundamental reconocer este llamado, sobre todo en este tiempo que nos toca vivir, el tiempo de la Nueva Evangelización. No es nueva porque se proclamen ideas nuevas, porque se proclama el mensaje del amor, el mismo que hace 2.000 años nos trajo Jesús; sino que es nueva porque los que estamos llamados a llevarla a cabo somos gente nueva, jóvenes nuevos con mucha esperanza y fe. El Padre te llama a ti directamente, y ahora. Vivimos tiempos nuevos, tiempos de cambio, tiempos de búsqueda intensa de la verdad y del hombre; pero es fundamental que asumamos nuestra misión como laicos comprometidos, testigos de la presencia divina de Nuestro Señor en este mundo de hoy, testigos del amor.

Con lo absorbedor de nuestros estudios a veces parece difícil dedicar momentos para estar con Dios y para conocerlo, y no se puede amar lo que no se conoce. Sepamos hacer de cada momento de estudio y de trabajo un momento de oración y de entrega, persigamos así la santificación de nuestra vida, otorgándole tan hermoso sentido a nuestra tarea.

No es fácil lo que emprendemos, pero con mucha paciencia y con mucho amor al hombre y a la verdad encontremos el apoyo necesario, como manantial de vida, en Nuestro Señor y amado Padre.



# Inauguración y bendición de las nuevas dependencias del Servicio de Urgencia del Hospital Clínico

24 de Enero de 1990

**Dr. Juan Ignacio Monge E.**

*Médico Cirujano en la Universidad de Chile (1954),  
Profesor Titular de Cirugía, ex Decano y Director del  
Hospital Clínico de la Pontificia Universidad  
Católica de Chile.*

El Hospital Clínico de la Universidad Católica se inauguró en 1941 con 120 camas para hospitalización electiva en las especialidades de Medicina y Cirugía de Adultos.

En la concepción de la atención médica de la época, la medicina de urgencia constituía una rama de la patología atendida por los establecimientos de la Asistencia Pública, que se caracterizaban por prestar atención continua 24 horas al día y 365 días al año.

Al inaugurarse el Hospital Clínico, el

primer piso de la planta física en el cual se encuentra el nuevo Servicio de Urgencia, era ocupado por el Consultorio Externo, para la atención de los pacientes nuevos y control de los antiguos. Existía también una pieza para realizar curaciones y pequeñas intervenciones de cirugía ambulatoria.

Con el desarrollo de la Escuela de Medicina se suceden diversos proyectos de ampliación, para aumentar progresivamente la capacidad de hospitalización y la complejidad de sus servicios. El

Consultorio Externo se traslada por algunos años a un edificio cercano al Hospital en la calle Lira, para ubicarse finalmente en las nuevas y magníficas instalaciones actuales en el Campus San Joaquín.

En la década del 60 se empiezan a crear servicios de urgencia adosados a los hospitales generales, introduciendo cambios cualitativos de trascendencia, al admitir pacientes de alta complejidad y en condiciones críticas.

La realidad de esta patología fue reconocida desde antiguo por las escuelas de medicina, que incluyeron en sus programas los cursos de Medicina de Urgencia. Estos cursos consistían en prácticas en servicios de urgencia de la Asistencia Pública, o de los hospitales base de las escuelas de medicina, que contaban con este recurso.

Para la Escuela de Medicina de la Universidad Católica el desarrollo del Servicio de Urgencia de su Hospital afiliado "Dr. Sótero del Río", representó desde mediados de los años 70 la posibilidad de lograr una progresiva autonomía en sus campos de enseñanza clínica, destacando allí a docentes de reconocida capacidad.

El prestigio alcanzado por el Hospital Clínico de la Universidad Católica y las cambiantes demandas de la población hicieron plantear en 1975 la necesidad de incluir la atención de urgencia como actividad asistencial. Bajo la gestión del doctor Pedro Schüller, fallecido recientemente, como Director del Hospital, se inició en forma selectiva la atención de urgencia, esencialmente para el personal de la Universidad y su alumnado, en la Oficina de Curaciones y atendido por la residencia hospitalaria. Paralelamente se inició la atención de urgencia cardiológica junto con la creación de la Unidad Coronaria.

La creciente y explosiva demanda de atención de urgencia exigió a poco andar la organización de un Servicio, correspondiendo al doctor Alejandro Rahmer aportar su experiencia del Hospital Sótero del Río, y como Jefe del Servicio proponer su organización y dotar los primeros cargos de residencia.

El Servicio de Urgencia, a cuya inauguración asistimos hoy, constituye una respuesta del Hospital Clínico a la demanda de asistencia médica por parte de los usuarios, y representa la maduración de un proyecto que ha ido desarrollándose con prudencia y como producto de una experiencia vivida.

Cabe destacar la integración de este servicio, con los servicios clínicos generales y de especialidades del Hospital Clínico, de los cuales ha pasado a constituir una de las principales puertas de entrada, y cuyos equipos de especialistas le dan pleno respaldo técnico. Cabe destacar el importante impacto que el nuevo servicio está teniendo en la docencia de pre y posgrado, donde los alumnos se enfrentan a pacientes de creciente complejidad.

Su ubicación en el seno de un Hospital Universitario le confiere características propias de eficiencia, al contar con el apoyo de laboratorios de urgencia, y servicios de apoyo diagnóstico que incluyen un equipo scanner en su inmediata vecindad.

Una mención especial debe hacerse respecto de la incorporación de un Centro de Información Toxicológica, donación de la Fundación Alemana para el Desarrollo, gracias a la gestión de su Presidente R.P. Wolfgang Wallisfurth. El Centro cuenta con la asesoría de la Dra. Litovitz, Directora del Centro Nacional de Toxicología de Washington, donde uno de nuestros médicos recibió formación para estos fines. Este equipo, único en el país, permite disponer en forma instantánea de toda la información aprovechable y permanentemente actualizada, sobre problemas toxicológicos, que constituyen una importante causa de consulta en un Servicio de Urgencia. Está llamado a constituirse en el futuro en un Servicio de Información para atender a vastos sectores sociales, en la medida que logren obtenerse los necesarios auspicios para implementar el personal y el sistema de comunicaciones requeridos.

La inauguración de este nuevo Servicio constituye un importante paso en el progreso del Hospital Clínico como Unidad al servicio de la Docencia de la Facultad de Medicina y como institución al servicio de la comunidad.

# Inauguración “Centro de Investigaciones Médicas”

19 de abril de 1990



## Discurso del Rector, Dr. Juan de Dios Vial Correa

Creo que se pueden comprender fácilmente mis sentimientos al concurrir a la inauguración de este Centro. Soy médico, soy profesor en esta Facultad, me he dedicado durante más de treinta años a la investigación biológica en la universidad, veo en torno a mí a quienes fueron mis alumnos, he sido testigo de inquietudes que los han movido desde sus días de estudiantes, y me siento profundamente ligado a este proyecto suyo de darle al país un centro de trabajo científico, expresamente consagrado a la investigación médica.

A otros les corresponde explicar los diversos aspectos y proyecciones de esta obra. Yo quiero detenerme muy brevemente sobre algunas lecciones que ella entrega.

La Facultad de Medicina reafirma aquí algo que le es muy importante. Nuestra Facultad nació hace ya sesenta años, poniendo un énfasis muy decidido en la ciencia, y especialmente en la ciencia experimental. Cada creación universitaria tiene su fisonomía propia, la que se hace más acusada en el curso de su historia.

Hay distintas maneras de orientar o concebir una Facultad de Medicina, todas ellas válidas y posibles. Nuestra propia orientación se halla marcada por la ciencia, y singularmente la ciencia natural. Sabemos muy bien que ésta es difícil de separar de la tecnología, pero no podemos olvidar ese énfasis fundacional. Hay grandes problemas científicos que pertenecen propiamente a la Patología, más que a cualquiera otra de las disciplinas biológicas. Quisiéramos que esos problemas no perdieran nunca vigencia entre nosotros, ni siquiera para ceder su sitio a los avances técnicos en el arte de curar. Quisiéramos guardar ese sello distintivo que nos ha dado una vida fecunda y del cual esperamos mucho todavía.

Los últimos treinta años han presenciado un avance espectacular en la Biología, el que ha removido hasta las bases de la investigación médica. Me refiero a la Biología Celular y Molecular, que ha generado una Patología Celular y Molecular. Hace ya casi ciento cincuenta años que en el primer gran envión de la Biología moderna, Rudolf Virchow introdujo la noción de Patología Celular, calificándola orgullosamente como la patología del futuro. Tenía razón, y la historia justificó su afirmación. Pero creo que mucho más razón tendríamos hoy si calificáramos de patología del futuro a la nueva Patología Celular y a la Patología Molecular. Son ellas las que están abriendo camino a la comprensión de lesiones degenerativas de enorme prevalencia, como la aterosclerosis o la enfermedad de Alzheimer; las que han desarrollado la inmunología y el conocimiento de la defensa orgánica a un ritmo vertiginoso; las que están aclarando la biología de los tumores; las que están cambiando la comprensión de cuadros patológicos en todos los aparatos y sistemas, y que como concepción científica están dotadas de una fuerza unificadora y de un valor heurístico incomparables. No quisiera pensar que estamos simplemente inaugurando un edificio. Estamos dándole paso a un proyecto, el proyecto de instalar sólidamente en nuestra Facultad de Medicina no sólo la investigación sobre especialidades médicas, ya bastante avanzada, sino la investigación sobre los procesos celulares y moleculares que están en la base de toda Patología. No quere-

mos hacer lo que está ya hecho, sino lo que está por hacerse.

Y nadie debería pensar que este género de investigaciones nos sea técnicamente inaccesible o que no tenga significación para el país. Hay enfermedades que tienen en Chile una prevalencia excepcionalmente alta, como es el caso de las de hígado y vías biliares. La contribución que se ha hecho desde aquí a su conocimiento ha sido notablemente alta y está íntimamente relacionada con los temas que mencionaba. Y finalmente hay enfermedades infecciosas, como es el caso de las salmonelosis, que son un problema de salud central en nuestro país, mientras que no lo son tanto en los países líderes de la investigación. El desarrollo de sistemas de diagnóstico o de vacunas no se puede encarar hoy día, sino a partir de la biología celular y molecular de las bacterias.

Por su parte, al establecer esta creación la universidad le está diciendo a la sociedad, que el trabajo científico le parece crucial. Esto es necesario repetirlo, porque hay veces que las actividades cuyo impacto práctico no es inmediato no son bien comprendidas. Los universitarios suelen perder su tiempo quejándose de esa incompreensión real o presunta. Pero la verdad es que si la propia universidad no muestra interés por la ciencia, no se esfuerza por ella, no la propone a la sociedad como una actividad de primer rango, no explica su trascendencia ¿cómo puede quejarse después de que la sociedad no la entienda? Hay una tarea pedagógica de la universidad, una tarea que se orienta a todo el público, para decirle que el saber es la más alta de las empresas del hombre, para convencer, para atraer, para mostrar que esta aventura de la ciencia es digna del hombre, es digna de nuestra patria y necesaria para ella.

Esta obra que inauguramos es una obra de muchos. Ya lo han oído ustedes. Salidos a buscar, hemos encontrado gran comprensión, hemos hallado personas que deseaban ayudar, que estaban dispuesta a hacerlo y que compartían desde afuera las mismas inquietudes que nos agitan dentro de la universidad. Esta comprensión se ha visto ayudada por ese poderoso motor del progreso cultural que es la legislación sobre rebajas tributarias otorgadas a las



contribuciones, al desarrollo universitario. A través del estímulo público y privado, hemos reafirmado la fe en la obra que estábamos empeñados en hacer. Sabemos que la cultura nacional y sus grandes empresas tienen amigos en Chile; sabemos que cuando una obra supera de lejos las posibilidades materiales de la propia universidad, pero responde a sus fines más importantes, va a encontrar una respuesta positiva, una voluntad de ayudar al progreso. Nos sentimos, así, parte de un entorno cultural al que no somos extraños, que nos enriquece espiritual y materialmente, y a cuyo adelanto podemos aportar.

Nos alegramos de que nos acompañen autoridades de gobierno y municipales,

que sean testigos de esta expresión de gratitud y de esperanza para nuestro porvenir universitario.

Porque la universidad va a progresar en la medida en que el país la sienta suya. En la medida en que ella busque mostrarle a sus compatriotas la trascendencia de su labor, y en la medida en que éstos se hallen movidos por anhelos de bien público. Le damos gracias a Dios, que mueve los corazones de los hombres y de quien proceden todos los bienes, porque nos ha inspirado una palabra justa que decirle a la sociedad, y porque ha puesto en muchos benefactores el deseo de responder a la colectividad nacional, ayudando a la ciencia para el bien de los hombres.

### Discurso del Director del Centro de Investigaciones Médicas Dr. Pedro Rosso R.

La puesta en marcha del Centro de Investigaciones Médicas representa la culminación exitosa de un proyecto largamente anhelado. La actividad científica es la fuente de los conocimientos que han otorgado a la Medicina contemporánea una eficacia que supera ampliamente las esperanzas de nuestros antecesores. Los antibióticos, la quimioterapia, el tratamiento intensivo, el trasplante de órganos, la terapia hormonal, son sólo algunos de los logros que en los últimos cuarenta años se han incorporado al acervo del saber médico.

Estos avances asombrosos han sido el fruto de la actividad de miles de investigadores, en su mayoría docentes de alguna Escuela de Medicina. Tal como lo pronosticara Claude Bernard en 1865, la medicina ha encontrado un camino científico permanente y este encuentro ha transformado a las Escuelas de Medicina en grandes centros de investigación biomédica.

Desgraciadamente, en las Escuelas de Medicina de nuestro país la investigación científica no constituye el elemento axial de la vida académica. Esta realidad es muy notoria en las áreas clínicas, donde el

profesor continúa siendo un académico de tiempo parcial, que centra su labor universitaria en la docencia de pregrado. Resultantes de lo anterior, son una baja productividad científica, una limitada capacidad innovadora y el hecho de que muchos de nuestros investigadores médicos más destacados residan en el extranjero.

No es éste el momento apropiado para analizar las causas de la situación descrita, pero sí de enfatizar que es urgente comenzar a revertirla, porque su proyección en el tiempo ensombrece el futuro de la Medicina chilena.

El avance del conocimiento científico implica una creciente complejidad conceptual y tecnológica. Esto, a su vez, obliga a una especialización creciente, cosa que es incompatible con una dedicación parcial a la investigación. A esto se debe que en el campo de las ciencias médicas nuestro país haya perdido tanto terreno en las últimas décadas. Mientras en los países líderes la investigación médica ya ha entrado al estudio de los mecanismos moleculares de las enfermedades, en nuestro país aún no hemos abandonado la investigación clínica observacional y orientada a patología de sistemas. El aumento exponencial del conocimiento médico en esos países sigue incrementando las distancias y, en términos relativos, disminuyendo nuestra capacidad científica. Esto necesariamente afecta, primero, la calidad de la enseñanza médica y, como consecuencia inevitable, la calidad de la Medicina nacional en un segundo paso. Tal como lo demuestra la experiencia vivida por los Estados Unidos, desde la publicación del célebre Informe Flexner, sobre Educación Médica, las Escuelas de Medicina, donde la investigación científica ocupa un puesto secundario, tienen programas de enseñanza de segunda categoría. Sus programas de formación de pregrado invariablemente adquieren el anquilosamiento intelectual propio de quienes repiten lo que ya se sabe, sin preguntarse nada acerca de lo que se desconoce. Los programas de formación de especialistas clínicos se transforman en ejercicios estructurados de transferencia de procedimientos y de uso de instrumental, puesto que el docente ha dejado de comprender el lenguaje de quienes investigan en ese campo, cosa que ya está ocurriendo. Por

último, el país queda incapacitado para enfrentar problemas de salud cuya solución requiera estudios de investigación sofisticados o la utilización de técnicas complejas, cuya aplicación no dependa de la disponibilidad de equipo especializado, sino de toda una infraestructura de ciencia.

Nosotros no queremos que eso ocurra. Esta Escuela de Medicina no quiere ser sólo una usuaria del avance en el conocimiento médico, sino una protagonista de ese avance; por eso ha creado este organismo nuevo para nuestro país: Un Centro de Investigaciones Médicas, la iniciativa que con tantas esperanzas inauguramos hoy.

El Centro de Investigaciones Médicas ha sido concebido con la intención de fortalecer las actividades de investigación de la Escuela de Medicina, con el aporte de mayor espacio de laboratorio; facilitando la incorporación de nuevos investigadores; promoviendo la interacción entre grupos de trabajo y haciendo disponible equipamiento nuevo. Al mismo tiempo la existencia del Centro permitirá que nuevas líneas de investigación comiencen a desarrollarse.

En sus aspectos materiales, el Centro de Investigaciones Médicas es simplemente un conjunto de laboratorios bajo un mismo techo, que cuentan con el apoyo de unidades de servicio. En el caso de nuestro Centro, todo ese conjunto ocupa un área de 1.300 m<sup>2</sup> distribuidos en cuatro pisos.

Los diversos laboratorios han sido asignados a académicos que, en su mayoría, estarán integrados a programas de investigación, varios de los cuales corresponden a líneas de trabajo tradicionales de nuestra Escuela de Medicina.

Quienes participan en estos programas comparten un interés común, y realizan estudios conjuntos o complementarios. La unidad de propósitos y esfuerzos que caracteriza a un programa es una forma eficaz y enriquecedora de trabajo científico y constituye el ambiente más adecuado para la formación de nuevos investigadores. Al mismo tiempo, este esfuerzo comunitario permite compartir equipo, personal de apoyo, y programar inversiones para las adquisiciones de elementos de trabajo que son de utilidad general. De este modo se obtiene un uso más racional

de los recursos disponibles, que son y seguirán siendo limitados.

Los programas de investigación vinculados a nuestro Centro estarán dedicados al estudio de enfermedades que son muy frecuentes en nuestra población, entre ellas destacan las enfermedades cardiovasculares, el cáncer y las enfermedades infecciosas. Junto a los programas anteriores estarán los de medicina perinatal, farmacología clínica, cirugía de trasplantes, neuropsiquiatría y enfermedades de vías biliares. Este último programa, gracias al apoyo de la cooperación internacional, contará dentro de poco con dependencias propias, las que, además, servirán para desarrollar un programa de cáncer digestivo.

En cada una de estas áreas de trabajo nos esforzaremos por mantener una productividad científica, de tal calidad que haga posible nuestra inserción en la línea de avance del conocimiento médico. La ciencia es un campo de ideas. El hecho de que la mayor parte de las observaciones científicas se hacen hoy con ayuda de instrumentos nos ha acostumbrado a pensar que la ciencia depende de la tecnología. Sin embargo, la disponibilidad del instrumental más sofisticado no lleva, de por sí, a la creatividad científica.

En este sentido nuestro Centro de Investigaciones Médicas no es más que un instrumento. Y en este momento un instrumento incompleto, que comienza con un local apropiado pero que carece aún de muchos de sus elementos de trabajo más importantes. Su futuro como una institución de prestigio, generadora de conocimientos de aplicación universal, dependerá de que logremos obtener el equipamiento que actualmente no poseemos, pero, por sobre todo, de nuestra capacidad de pensar en forma original, de observar aguda y metódicamente y de analizar con lógica rigurosa el resultado de nuestros estudios. Esta es la verdadera tarea que hoy iniciamos; sin dudas, una muy ardua y compleja, pero realmente apasionante por su riqueza de posibilidades insospechadas.

La investigación que se realizará en nuestro Centro será, por definición, una investigación aplicada y enfocada en la realidad nacional. Buscará el conocimiento como un medio y no como un fin. Sin

embargo, dentro de este ámbito sus investigadores tendrán la más amplia libertad para escoger los problemas que quieran estudiar y la forma en que deseen estudiarlos, teniendo como única limitante el respeto a principios éticos fundamentales.

En el contexto de nuestra fe cristiana, la investigación médica aparece como una oportunidad privilegiada para participar en la construcción del reino, poniendo nuestro trabajo al servicio de la vida y de la dignidad de la persona humana.

La fidelidad a esta tarea será nuestra meta constante, y la voluntad que sostenga la dedicación y seriedad que demanda nuestra labor científica. Tal como nos exhortará su Santidad Juan Pablo II, durante su visita a esta Casa de Estudios, "La iglesia nos alienta a robustecer nuestra función dentro de la comunidad, con niveles de competencia científica, cada vez más serios y rigurosos, y evitando la tentación de aislamiento, respecto de la vida real y de los problemas del pueblo".

La permanencia en el tiempo del Centro de Investigaciones Médicas dependerá en gran medida de nuestra capacidad científica, puesto que, tarde o temprano, quienes tienen buenas ideas encuentran interesados en apoyarlas. Sin embargo, en el campo de la ciencia la sumatoria de esfuerzos individuales a veces no basta para cubrir necesidades que son comunes. Por esta razón, el Centro de Investigaciones Médicas continuará necesitando de la ayuda benéfica para iniciativas de desarrollo institucional. Nosotros confiamos en que esta ayuda vendrá y contamos con ella. Nuestra meta en esta área es lograr la formación de un grupo de benefactores, cuyo aporte regular nos otorgue la posibilidad de planificar a mediano plazo. Si este objetivo se cumple, la estabilidad institucional de nuestro Centro estará asegurada por muchos años.

La generosidad es el perfil de las almas nobles. Nosotros hemos sido privilegiados por la generosidad de muchas personas que hoy están aquí con nosotros. No es simple retórica decir que la construcción del Centro de Investigaciones Médicas ha sido posible, en su totalidad, gracias al aporte de quienes creyeron en el proyecto y confiaron en nuestra capacidad de realizarlo. Efectivamente es así, durante

los últimos cinco años las políticas de financiamiento universitario han limitado, hasta prácticamente suprimir la capacidad de esta Universidad, para realizar inversiones de desarrollo académico de la envergadura de este Centro. Sin la ayuda de nuestros benefactores este día no habría sido posible. Por eso, sentimos hacia ellos una deuda de gratitud que trataremos de saldar, esforzándonos para que el Centro de Investigaciones Médicas se transforme en una institución de excelencia. Sus nombres están inscritos en una placa ubicada en el acceso principal del Centro, como testimonio perdurable de nuestra profunda gratitud.

Además de estas personas, muchas otras nos ayudaron en las diversas etapas

del proyecto con su experiencia y sabios consejos o con su creatividad, a todos ellos, nuestros agradecimientos más sinceros.

Por último, quiero rendir un homenaje a un grupo de personas para quienes la inauguración de este Centro de Investigaciones representa una gran satisfacción, ya que es fruto de un trabajo que abarca muchas generaciones. Ellos son nuestros profesores de Ciencias Básicas, Hombres que, con su ejemplo de una vida dedicada a la Universidad y a la Ciencia, nos señalaron un camino que nos hemos esforzado por seguir con el mismo idealismo y entrega.

Para todos ellos y para nuestros benefactores pido un cariñoso aplauso.

## Discurso del señor Ernesto Ayala O.

*Ingeniero Civil de la Universidad de Chile. Presidente del Directorio de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones S.A., Chile. Consejero de la Sociedad de Fomento Fabril. Consejero de la Confederación Industrial de la Celulosa y del Papel Latinoamericana (CICEPLA).*

**E**n nombre del conjunto de empresas que han contribuido a su financiamiento, deseo felicitar calurosamente al Sr. Rector, al Sr. Decano y al Sr. Director por la magnífica idea, hoy materializada, de dar al Centro de Investigaciones Médicas de la Universidad Católica un nuevo edificio y nuevas instalaciones.

Nosotros creemos que la Medicina chilena merece y es capaz de hacer la mejor investigación.

Pensamos que en esta oportunidad la Facultad de Medicina de la Universidad

está poniendo al servicio del país algo que incluso está muy por encima de la materialidad de estas modernas instalaciones. La capacidad de sus médicos y la profunda cultura científica que ella representa. También la dedicación y conocimientos de un grupo de hombres muy distinguidos que harán funcionar este Centro tras metas del saber que se hacen cada día más complejas.

Hay personas que sostienen que no es necesario que en Chile haya investigación realmente original y propia. Que se apro-



vechan mejor el tiempo y el dinero estando rigurosamente al día en las técnicas, trabajos y descubrimientos que en todas las ramas de la ciencia se crean y generan en los grandes centros de investigación mundial.

Nosotros coincidimos que se debe traer a Chile cuanto se investiga afuera; pero también pensamos que es fundamental hacer investigación en nuestro propio país. Esto vale para la medicina, para muchas otras profesiones y se aplica por cierto a la industria.

En todos los países varían los tipos de enfermedades que más duramente nos afectan y las causas que las generan no son siempre iguales. En el caso de la Ingeniería y otras disciplinas cambian los tipos de terrenos, el clima, los materiales disponibles y, por cierto, las necesidades de la gente.

Por estas razones, la investigación local se hace imprescindible y es profundamente útil para los requerimientos y propósitos de cada país.

Desde otro punto de vista creemos que el ejemplo de un Centro Investigador serio y competente, que marche en el frente mismo por donde avanza la ciencia, irradia conocimiento y necesidad de estar al día en los demás profesionales del ramo, en este caso los médicos. Hay muchos ejemplos de esta afirmación en el mundo, en que grandes institutos científicos dan realmente el nivel de progreso y sabiduría en la profesión respectiva.

Pensamos que este Centro de Investigaciones Médicas puede cumplir el papel que señalamos para bien de la Medicina chilena y, por cierto, para la salud del país entero.

Las distintas empresas que hemos participado en allegar recursos lo hemos hecho porque hemos creído en la necesidad de dar cima a esta obra, cuyos beneficios y alcances han sido puestos muy claramente de relieve hoy día por el Sr. Director del Centro de Investigaciones.

A los empresarios en Chile mucha gente los considera personas aficionadas a ganar dinero, egoístas y no siempre con sentido social equilibrado. En esta ocasión yo quiero expresar que este concepto es equivocado. Hay entre nosotros una cantidad muy grande de personas que vibran y sienten los problemas y

sufrimientos ajenos y, en silencio sin farsas ni aspavientos, hacen una inmensa labor social.

Solamente en asuntos médicos relacionados con la salud podemos mencionar el trabajo que realizan la Asociación Chilena de Seguridad, nacida de la Sociedad de Fomento Fabril; la Mutual de Seguridad de la Cámara de la Construcción y el Instituto de Seguridad del Trabajo de ASIVA, en Valparaíso. Entre las tres atienden a más de 50.000 empresas, dando protección de accidentes y enfermedades del trabajo a 1.900.000 trabajadores, con costos bajos de atención y que han reducido la accidentabilidad en Chile valiosamente, a cifras comparables con los países de alto desarrollo.

Estas entidades generadas por la empresa privada han construido a lo largo del país 10 hospitales y 30 clínicas con 1.300 camas; 130 policlínicas propias y 160 policlínicas en las empresas. Tienen en servicio 410 automotores ambulancias.

En el conjunto trabajan 460 médicos, 300 enfermeras, 90 kinesiólogos y 1.000 auxiliares paramédicos, dando a los trabajadores una atención de primera clase.

Igual como en estas labores de salud, muchas otras instituciones empresariales se dedican a la educación en gran escala y muchos empresarios se han preocupado de la construcción de casas para sus colaboradores, de las cuales, gracias a estas iniciativas, se han construido varios miles.

Aprovechamos esta ocasión para rendir un homenaje de admiración y de respeto a la Facultad de Medicina de esta Universidad. Todo el país debe saber que ella está constituida por médicos, personal paramédico, auxiliares y estudiantes que están haciendo enormes esfuerzos para dar a la Medicina chilena la más alta categoría y cuyos frutos los conocen bien los enfermos que se atienden en sus servicios y cuya excelencia en algunos ramos está a la altura de las mejores.

Vayan para todos sus componentes nuestros saludos y nuestra admiración.

Deseamos poner de relieve la forma austera y eficiente como el Director del Centro de Investigaciones Médicas, Dr. Pedro Rosso, coordinó los dineros y el esfuerzo material para terminar con éxito esta obra. También congratular a las altas autoridades de la Universidad Católica que

han sido capaces, dentro de un presupuesto universitario que se sabe muy estrecho, ubicar recursos y financiar con ayuda de un grupo de empresas esta obra de bien público.

Finalmente, quiero expresar al señor Director del Centro de Investigaciones y a todos sus colaboradores, el mayor de los éxitos y la mayor ventura en sus nobles y delicadas tareas.

# Commemoración del cuadragésimo aniversario de la Escuela de Enfermería

12 de septiembre de 1990



Juramento de la primera promoción de Enfermeras Universitarias de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1954).

## Discurso del Decano Dr. Ricardo Ferretti D.

El tiempo que nos toca vivir tiene rasgos que lo diferencian en mucho de otros períodos de la humanidad. La dimensión universal de los problemas; la integración e interdependencia de los países; la vinculación del desarrollo con el progreso científico y tecnológico, entre otros, van configurando un carácter diferente a la historia del hombre. Sin embargo, lo más destacado de estos cambios radica, en mayor o menor magnitud, en el propio conocimiento y sus posibles usos o aplicaciones a realidades muy diversas.

La Universidad es el lugar del conoci-

miento. Las dificultades originadas por el mismo avance del saber, y de las consecuencias de su utilización, son situaciones que la Universidad debe asumir, por difíciles que sean. Es un desafío que no se puede eludir, y que obliga a reflexionar, éticamente, sobre el impacto del conocimiento en el hombre. Es éste un deber propio de la función universitaria, pero cobra especial sentido e importancia cuando la Universidad es una institución de Iglesia, pues habrá que reflexionar tanto a la luz de la razón como de la fe.

Tras la búsqueda de la felicidad per-



durable el siquiatra Sergio Peña y Lillo ha propuesto repensar nuestra educación, que más prepara para la competencia que para la realización personal. Esta educación, basada en la "información" y no en la "formación", prepara al hombre para competir y no para una auténtica realización personal; orienta hacia la desconfianza y no hacia la amistad, y educa para el temor y no para la felicidad. Se estimula el rendimiento más que la honestidad, ahogando la espontánea creatividad de nuestros jóvenes y de la necesidad de pensar por sí mismos.

Es necesario vivir en el presente, aceptar la vida con sus luces y sombras, y aprender a desear lo que es realmente necesario. Vivir una vida verdadera, una vida que no miente y que no engaña, y que es la realización de la propia verdad personal.

Es necesario repensar la educación que impartimos, si es que queremos formar hombres y mujeres capaces de enfrentar de un modo nuevo y creativo los desafíos impredecibles del tercer milenio.

Nuestra Escuela de Enfermería cumple hoy cuarenta años de existencia desde que fuera fundada por el Rector don Carlos Casanueva. Durante este período ha sido capaz de adaptarse con creatividad y con iniciativa a los nuevos adelantos y permanentes cambios, tanto en la docencia como en la tecnología y en la organización, lo que le ha dado una sólida base para su progresivo crecimiento y desarrollo. Para ello ha contado con el alto espíritu de servicio y amor al prójimo, que ha distinguido a todos sus académicos y personal administrativo de la Escuela de Enfermería. No sería justo si no me refiriera también al aporte de las diversas generaciones de alumnas que han pasado durante estos años por la Escuela, entregando un estímulo vital con sus nuevas perspectivas, visiones y conceptos. Su empuje y personalidad llena de bien y de deseos de aprender han constituido una poderosa fuerza que nos enriquece y nos permite superar las cada vez mayores exigencias de nuestra vida universitaria.

En la enfermera se entrelazan las virtudes, talentos e intuiciones de la mu-

jer, con sus conocimientos teóricos, prácticos, de tal manera que la hacen verdaderamente eficaz en el desempeño de su rol. Nacida tímidamente, la importancia de la enfermería ha ido en aumento con rapidez; tanto es así que hoy no se concibe, sin la enfermera, el ejercicio de la atención de salud.

A partir del momento actual, y mirando hacia el futuro, se visualiza a esta Escuela preparada para asumir un liderazgo no sólo a nivel nacional, sino latinoamericano. Se ha ganado un sólido prestigio por desarrollar modelos innovadores, tanto de educación como de la práctica clínica: Desde la formación de enfermera-matronas, y el desarrollo de un modelo de atención basado en el autocuidado. Además ha identificado carencias y buscado soluciones. Un ejemplo es la creación de un centro cooperante en enfermería a la Biblioteca Regional de Medicina (BIREME), para reunir literatura de enfermería y estimular su difusión.

Actualmente la Escuela se perfila como un polo regional de desarrollo por su esfuerzo y capacidad para contribuir al mejoramiento del nivel de enfermería, tanto en Chile como en la región. Un importante ejemplo es el proyecto que cuenta con el financiamiento de la Fundación Kellogg, sobre "Liderazgo de enfermería para la atención primaria". Es necesario destacar que este proyecto pretende fortalecer la relación docente asistencial, desarrollando un programa de educación continua para enfermeras, y mejorando el componente de atención primaria en los programas formadores de auxiliares de enfermería.

En el futuro próximo la Facultad de Medicina considera indispensable apoyar el desarrollo de la investigación en enfermería y a que se otorgue un grado de licenciatura para abrir, definitivamente, el desarrollo del posgrado en esta carrera.

Finalmente, al cumplirse los cuarenta años de vida de la Escuela de Enfermería, la Facultad de Medicina y la Universidad toda le expresan su reconocimiento por la trascendente labor realizada y le reiteran su confianza en el éxito futuro

# Reseña histórica de la Escuela de Enfermería de la Pontificia Universidad Católica de Chile

**Elba Mateluna Gibbs**

*Enfermera titulada en la Universidad de Chile (1956).  
Magister en Salud de la Comunidad, con mención  
en Salud Mental y Psiquiatría (1982).  
Profesora Adjunta de Enfermería Pediátrica, Jefe de  
Departamento, Directora de la Escuela y Subdirectora  
de Graduados en la Escuela de Enfermería de la  
Pontificia Universidad Católica de Chile.*

La Escuela de Enfermería de la Pontificia Universidad Católica de Chile fue fundada por la Congregación Religiosa Esclavas del Amor Misericordioso de Jesús y María en 1950, dependiendo del Instituto Cristo Rey, organismo de educación superior anexo a nuestra Universidad.

Una de las gestoras principales de la Escuela fue la Reverenda Madre Margarita María Benson, Superiora de la Congregación y Directora del Instituto Cristo Rey (1).

Destinada inicialmente para religiosas, la iniciativa no tuvo eco en las congregaciones nacionales y, frente a este hecho, Monseñor Carlos Casanueva, Rector de la Universidad Católica, consciente de la trascendencia que tenía la creación de una escuela formadora de enfermeras católicas, alienta a la Congregación a continuar con su obra haciendo extensiva la matrícula a seculares (2).

En 1950, llevando el nombre de la hija de una de las benefactoras de la Congregación, la Escuela de Enfermería "Isidora

Lyon Cousiño" abre sus puertas a doce alumnas: dos religiosas y diez seculares.

La misión de la Escuela era preparar una enfermera católica que, además de una preparación técnica eficiente, fuera poseedora de una moral irreprochable, junto a la vocación, abnegación y disciplina indispensables para el ejercicio de su profesión (3).

Estos principios, que tienen hoy 40 años, siguen siendo sustentados por nuestra Escuela y están expresados con parecidas palabras en la filosofía de la Institución.

El plan de estudios original tenía una duración de 4 años académicos y en su concepción estuvieron presentes los principios sustentados por la Universidad, los programas vigentes en las otras Escuelas universitarias del país y las normas establecidas en el "Curriculum Guide for School of Nursing", editado por "The National League of Nursing Education", de los Estados Unidos.

Las materias del programa se agruparon en las áreas de Religión, Ciencias Biológicas y Físicas, Ciencias Sociales, Ciencias Médicas, Ciencias Sanitarias y Enfermería y Artes afines (4).

La enseñanza se organizó en forma teórica y práctica, utilizándose el Hospital Clínico de la Universidad Católica como principal campo de experiencia.

Fue designada primera Directora de la Escuela la Dra. Alicia Padilla de Olivares, quien es asesorada en su función por la enfermera Sra. Lucrecia Rakela de Briceño, en el cargo de Asesora Técnica.

El primer grupo de profesores que impartió docencia estaba constituido por las enfermeras Nelly Rodó y Carmen San Martín; los médicos Waldemar Badía, Lorenzo Cubillos, Juan Fortune, Armando Roa, Daniel Camus, Jorge Lewin e Ismael Canessa; el religioso Bruno Richlowsky, la nutricionista María Tamblay y el abogado Guillermo Lois. Todos ellos, seguidos más tarde por muchos otros, hicieron suya la tarea de realizar la labor docente con entusiasmo y dedicación (5).

La Escuela fue creciendo y desarrollándose y al hacerlo rebasa las posibilidades económicas de la Congregación, la venta de dulces preparados por las religiosas no es suficiente para cubrir las necesidades de la Institución. La Congregación lo

comprende así y deseando continuar con la obra iniciada, solicita a Monseñor Alfredo Silva Santiago, Rector de la Universidad Católica, y al Dr. Cristóbal Espíldora Luque, Decano de la Facultad de Medicina, la incorporación de la Escuela a la Universidad.

La petición es presentada a través del Decano Espíldora al Consejo Superior de nuestra casa de estudios y éste, en su sesión del 26 de octubre de 1952, decreta la incorporación de la Escuela de Enfermería a la Facultad de Medicina (6).

Entre 1952 y 1955 la Congregación fundadora va asumiendo un rol secundario en la conducción de la Escuela, pasando a depender ésta, en forma total, de la Universidad en este último año.

En el intertanto, por renuncia de la Dra. Alicia Padilla de Olivares a la Dirección de la Escuela, fue designado en ella el Dr. Jorge Lewin Campaña, siendo asesorado en su función por la enfermera Srta. Nelly Rodó Naveas.

En este período la Escuela estaba ubicada en la calle Dieciocho N° 146, ocupaba el segundo piso de una casona perteneciente a la Congregación y recibía sólo alumnas internas. En el primer piso de la señorial mansión funcionaba una escuela normal que preparaba profesores de enseñanza básica y también pertenecía al Instituto Cristo Rey. En la misma calle Dieciocho estaba el Instituto Pedagógico de la Universidad, el cual, junto con la escuela normal antes mencionada, constituyen la actual Escuela de Educación.

El ambiente que se vivía en la Escuela era muy familiar, existiendo gran convivencia entre las alumnas, y de éstas con los profesores. Contribuía a ello el pequeño número de alumnos y profesores, la rigidez del sistema curricular, de carácter anual, y el régimen de internado.

El plan de estudios inicial y el sistema de vida imperante en la Escuela fueron cambiando con el tiempo, constituyendo hitos importantes en estos cambios la nominación, en 1957, de una enfermera en la Dirección de la Unidad, designación que recayó en la Sra. Lilian Viveros Patrino, quien ocupó el cargo en forma interina mientras asumía la Directora Titular y ex alumna de la Escuela: Dora Puelma, quien se encontraba en EE.UU. becada por la fundación W.K. Kellogg (7).

Otro cambio importante está representado por la mayor participación que adquieren las enfermeras en el desarrollo de los cursos del área profesional. A partir de 1966, siendo Directora Subrogante la Sra. Elba Mateluna G., los médicos, que dictaban una parte muy importante de los contenidos de Enfermería dejan de hacerlo y asumen esta responsabilidad profesores de Enfermería. Nuestra Unidad se transforma, así, en la primera Escuela de Enfermería del país en que la disciplina de Enfermería es dictada por iguales.

Ya en ese entonces la Escuela participaba activamente y hacía sentir su pensamiento en el ámbito educacional de la disciplina.

Consecuencia de ello es la injerencia que tuvo en la formación de la "Sociedad Chilena de Educación en Enfermería". En 1962 Dora Puelma y otras directoras firman el acta de constitución de la Organización como socias fundadoras (7). Esta sociedad, que tiene un papel rector en la educación en Enfermería, ha sido presidida por algunas directoras de nuestra Escuela como Dora Puelma, Lilian Viveros y Elba Mateluna.

Llegamos así a 1967-1968, etapa de la Reforma Universitaria en el país y en particular en nuestra Universidad, que la inicia. Se repiensa la Universidad en diálogo metódico y abierto entre profesores y alumnos y de la reflexión surge un nuevo modelo de Universidad, más pluralista, autónoma y disciplinaria, es decir, organizada en torno a diversas disciplinas del conocimiento.

Una Universidad en la que se cultive en forma seria y desinteresada la ciencia, que responda a las interrogantes e inquietudes más profundas del hombre y la sociedad, en suma, una Universidad elaboradora de cultura, lo que significa ser conciencia viva de la comunidad humana a la cual pertenece.

La Escuela de Enfermería participó y respondió ampliamente a las ideas reformistas, adecuando a ellas su curriculum. En 1968 realizó una revisión de su plan de estudios con motivo de la puesta en marcha del régimen curricular flexible y modificó su estructura interna, organizándose en departamentos. Como un todo integró el sector de Ciencias de la Salud,

nomiación que en ese entonces recibió la actual Facultad de Medicina.

La Reforma transformó la Escuela, gestándose a partir de ella o revitalizándose diversos proyectos.

Entre ellos debemos mencionar la creación de los Programas de Enfermera Matrona y de Magister en Salud de la Comunidad, con mención en Salud Mental y Psiquiatría.

A principios de 1969 el Sector de Ciencias de la Salud, con el apoyo de la Organización Panamericana de la Salud, esbozó planes para otorgar nuevos títulos profesionales. Con este fin el decano Dr. Juan Ignacio Monge solicitó a la directora de la Escuela, Sra. Lilian Viveros Patrino, estudiara la posibilidad de formar una enfermera obstetra.

Esta idea, surgida en el seno de la unidad en 1964, fue revisada, elaborándose un anteproyecto del plan de estudios del futuro profesional, el que no logró concretarse por razones de índole económica y de política contingente.

El proyecto de formar un profesional único debió esperar hasta 1973, oportunidad en que la Escuela, dirigida por la Sra. Leticia Marzolo Peruzović, resolvió reactualizar los estudios tendientes a su formación, procediendo a una revisión general del currículo.

Para ello se contó con la asesoría de la Dra. Beatrice Goodwin, Enfermera Consultora de la Organización Panamericana de la Salud.

La revisión realizada sirvió de base para desarrollar, a fines de ese año, un modelo curricular que junto con fortalecer la formación de la enfermera le permitiera extender el alcance de su rol profesional, especialmente en el área materno-infantil.

En noviembre de 1973 el rector designado de la Universidad, don Jorge Swett, teniendo en consideración, entre otros, los proyectos acerca de los planes de estudios realizados por la unidad, emitió un decreto que creaba una comisión revisora del plan de estudios de la Escuela de Enfermería (8).

La comisión, que contaba entre sus miembros al Director de Asuntos Académicos, Dr. Juan Ignacio Monge, y a la Directora de la Unidad Académica, Sra. Elba Mateluna Gibbs, en un trabajo



conjunto con los profesores de la Escuela, propuso a la rectoría un nuevo plan de estudios a fin de preparar el profesional Enfermera-Matrona (9).

El 6 de agosto de 1974 se creó el Título de Enfermera-Matrona, a través del Decreto de Rectoría N° 123/74, el que textualmente dice: "Certificará la capacidad de realizar investigación y docencia en las Universidades y de contribuir, a través del ejercicio profesional a proporcionar una atención de salud continua y permanente a los individuos en todo su ciclo vital (niño, adolescente, adulto y anciano), principalmente en etapas de mayor riesgo y vulnerabilidad a la familia y comunidad".

En marzo de 1975 se inició la aplicación del nuevo programa el que, si bien contó con la aprobación de las autoridades universitarias, de salud y del Colegio de Enfermeras, no fue bien recibido por el Colegio de Matronas. Esta organización, considerando que la preparación de los nuevos profesionales en el área de la obstetricia era insuficiente, procuró inicialmente la derogación del decreto que creaba el título de Enfermera-Matrona y, posteriormente, negó la colegiatura a los egresados de la primera promoción. Frente a este hecho la Universidad, que en un principio se había negado a responder las acusaciones vertidas en la prensa y otros medios de comunicación por el Colegio de la Orden, estimando improcedente hacerlo dada la autonomía universitaria para conceder títulos y grados y la profundidad de los estudios realizados para tomar la determinación de formar un nuevo profesional, interpuso un recurso de protección ante la Ilustrísima Corte de Apelaciones de Santiago, el que fue acogido favorablemente por ella el 6 de octubre de 1980 y ratificado por la Corte Suprema el 28 de octubre de ese mismo año (10).

De manera favorable al nuevo profesional también se pronunció la Contraloría General de la República a través de un Dictamen de junio de 1983 (11). En este Dictamen se establece que las profesionales Enfermera-Matronas pueden otorgar licencias médicas y elaborar programas de atención médica del sistema de libre elección establecido legalmente. Agrega que el título de Enfermera-Matrona habilita

para el nombramiento en cargos de los escalafones de Enfermeras Universitarias y de Matronas que contemplan las plantas de los Servicios de Salud Gubernamentales.

Otra de las consecuencias de la Reforma Universitaria fue la creación del Magister en Salud de la Comunidad, que nació a raíz de un convenio firmado en 1971 por el Gobierno de Chile y la Organización Panamericana de la Salud.

Desarrollado en nuestra Escuela entre los años 1973 y 1979, el programa tenía como propósito proporcionar al estudiante la oportunidad de ampliar sus conocimientos en el área de la salud individual y colectiva y enfatizar habilidades que le permitirán participar y actuar como agente de cambio en los programas de mejoramiento de las condiciones de salud de la población, en docencia y en investigación (12).

En el año 1978 la Vicerrectoría Académica inició la revisión de los programas de posgrado, otorgados por las distintas Unidades Académicas, y la Escuela se abocó al estudio de un nuevo programa presentando un proyecto en 1979, al que no se dio respuesta definitiva. Además se realizó una acreditación del programa de pregrado para determinar el nivel académico del mismo, ya que era necesario el grado de Licenciado para ingresar al Programa de Magister.

El estudio realizado en ese entonces por la Vicerrectoría Académica determinó que el programa básico no alcanzaba a cumplir los requisitos exigidos para el grado académico de Licenciado. Por este motivo, el programa de magister se encuentra suspendido, situación que se espera superar, por cuanto el programa básico ha experimentado modificaciones y se está realizando una revisión curricular, dirigida al diseño de un plan de estudios que posea la rigurosidad, coherencia y profundidad requeridas por el grado académico de Licenciado.

La década de 1980, etapa de consolidación del Programa Básico de Enfermería Obstétrica, fue fructífera en diferentes formas para nuestra Escuela.

Los avances en la atención de salud de la población, derivados principalmente del mayor conocimiento en salud de los individuos y de los adelantos tecnológicos

en Medicina, llevaron a la Escuela de Enfermería, en 1980, a considerar la conveniencia de estudiar un proyecto de formación de especialistas en enfermería. La iniciativa, apoyada por el Decano de la Facultad de Medicina, Dr. Carlos Quintana, y dirigida por la Directora de la Escuela, Sra. Lilian Viveros, se concretó a mediados de 1981 con la incorporación de cuatro enfermeras-matronas a los dos primeros cursos.

Con el correr de los años los dos programas iniciales se han transformado en diez programas de postítulo (13) y a él se han incorporado profesionales no sólo recién egresados, para quienes estaban destinados los programas inicialmente, sino que también enfermeras y enfermera-matronas que se habían formado durante el ejercicio profesional, pero que no poseían el título de especialista.

Poco después de creado el título profesional de Enfermera-Matrona, la Escuela de Enfermería presentó un proyecto a la Vicerrectoría Académica, dirigido a ofrecer programas complementarios de nivelación a enfermeras y matronas. La iniciativa se fundamentaba en la situación desmembrada en que se encontraban ambos profesionales al existir un profesional que había asumido ambos roles y a la necesidad de promover un cambio de actitud en ellas frente al nuevo desempeño profesional. Se esperaba que valoraran la ampliación del rol como un aporte significativo al mejoramiento de la salud del país.

El proyecto se concretó en 1982, año en que ingresaron las primeras trece matronas y quince enfermeras, las que, año a año, se han ido renovando.

Los progresos alcanzados, tanto en el área de la educación como en enfermería, el aumento del alumnado y el ingreso de nuevos docentes, motivaron a la Escuela para crear, en 1981, la actual Oficina de Educación en Enfermería, que representa una instancia de apoyo a la docencia en la disciplina y al enfrentamiento de problemas pedagógicos que nos son particulares.

La Oficina, fruto de la prioridad otorgada por la Escuela a la preparación pedagógica de sus docentes, viene así a reemplazar con creces las organizaciones anteriores creadas con este fin.

Inicialmente fueron designadas en la di-

rección de la Oficina de Educación en Enfermería las Sras. Rina Pérez y Erma Barrientos, ambas magísteres en Educación. En la actualidad su directora es la Sra. Erma Barrientos (14).

Durante los últimos seis años la Escuela de Enfermería, conjuntamente con las enfermeras de las dependencias docentes asistenciales de la Facultad de Medicina, han estado desarrollando un modelo de atención basado en el marco conceptual de autocuidado que ha dado identidad a la enfermería de la Universidad Católica. Financiado inicialmente por la Fundación Kellogg y dirigido por la Sra. Ita Lange, el modelo se sigue aplicando actualmente y ha servido de base para iniciar este año un nuevo proyecto, también financiado por la Fundación Kellogg.

Este proyecto, denominado "Liderazgo de enfermería para la atención primaria", tiene como propósito establecer un polo de desarrollo de enfermería que fortalezca la educación y la práctica en atención primaria, desarrollando el liderazgo en enfermería a través de un modelo docente asistencial que tenga impacto en la formación del personal de enfermería y en su educación continua (15).

En agosto del presente año el proyecto ha dado sus primeros frutos al crearse en la Pontificia Universidad Católica el Centro Regional Cooperante de Bireme en Enfermería. Este Centro, nacido de la iniciativa de la Escuela de Enfermería en conjunto con el Sistema de Bibliotecas, tiene como objetivo incrementar, optimizar, diseminar y fomentar la literatura sobre enfermería generada en Chile y en países latinoamericanos de habla hispana.

En los últimos cinco años la Escuela ha trabajado en una nueva evaluación curricular que, sin lugar a dudas, fortalecerá a la comunidad de la Unidad Académica y permitirá el pleno cumplimiento de la misión institucional.

Iniciada por la Directora Srta. Eliana Gaete Quezada y continuada por la Sra. Cecilia Campos, Directora actual, la evaluación apunta hacia la estructuración de un plan de estudios en el que los conceptos del marco teórico de la Escuela, hombre-ambiente-salud-enfermería, inspirados por los principios de la fe cató-

lica, adquieran su máxima integración y rigurosidad disciplinaria.

Cuarenta años de vida. ¿Mucho? ¿poco? La relatividad del tiempo no permite dar una respuesta. Pero eso no tiene importancia; lo verdaderamente importante es que la Escuela de Enfermería de la Pontificia Universidad Católica de Chile está pujante, deseosa de mejorar, de seguir creciendo, de entregar lo mejor de sí a la comunidad a la cual pertenece: encontró un camino y lo está recorriendo. "Esta viva".

#### BIBLIOGRAFIA Y REFERENCIAS

- (1) BENSON, MARGARITA MARIA, Reverenda Madre. Congregación Esclavas del Amor Misericordioso de Jesús y María. Entrevista.
- (2) BENSON, MARGARITA MARIA, Reverenda Madre, Memoria Instituto Cristo Rey. Sin fecha de publicación.
- (3) PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE. Prospecto General, páginas 229-237, 1954.
- (4) ESCUELA DE ENFERMERIA, "Isidora Lyon Cousiño". Folleto de Difusión de la Institución. 1954, (aproximado).
- (5) VIVEROS PATRITO, LILIAN. La Escuela de Enfermería de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Cincuentenario Facultad de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile. Págs. 113, 1980, Santiago-Chile.
- (6) Acta de la Sesión del 26 de octubre de 1952 del Consejo Superior de la Pontificia Universidad Católica de Chile.
- (7) PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE. Escuela de Enfermería "Isidora Lyon Cousiño". Enfermería N° 5, Páginas 6-7 y 8, 1965.
- (8) Decreto de Rectoría 199/73.
- (9) Curriculum Escuela de Enfermería. Estudio y Modificaciones 1974, Archivos Escuela de Enfermería.
- (10) Ilustrísima Corte de Apelaciones de Santiago. Sentencia del 6 de octubre de 1980.
- (11) Contraloría General de la República. Dictamen N° 013407 del 7 de junio de 1983.
- (12) Programa de Magister en Salud de la Comunidad con Mención en Salud Mental y Psiquiatría. 1973-1979. Archivos Subdirección de Graduados, Escuela de Enfermería.
- (13) Decretos de Rectoría N°s. 181/84 y 177/86.
- (14) Programa de Educación en Enfermería. Memoria de Dirección. Escuela de Enfermería de la Pontificia Universidad Católica de Chile. 1976-1983.
- (15) Proyecto de Liderazgo de Enfermería para la Atención Primaria en Salud. Fundación Kellogg - Pontificia Universidad Católica de Chile.

# Misión de la Escuela de Enfermería en sus cuarenta años de existencia

**María Cecilia Campos Sandoval**

*Enfermera universitaria y Profesora de la Escuela de Enfermería – Área Pediátrica – de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Magister en Salud Pública, con mención en Salud Maternoinfantil, en la Escuela de Salud Pública de la Universidad de Chile (1985). Actual Directora de la Escuela de Enfermería de la Pontificia Universidad Católica de Chile.*

La Escuela de Enfermería de la Pontificia Universidad Católica de Chile fue creada a mediados de este siglo, casi 50 años después de consolidada en nuestro país la enfermería como profesión, con la misión de preparar preferentemente a religiosas para que, a través del ejercicio de su profesión de enfermeras, además de otorgar cuidados con una sólida base teórico-práctica, producto de una formación superior, realizaran con sus enfermos una misión evangelizadora.

En aquellos años gran parte del cuidado de los enfermos en los hospitales esta-

ba en manos de religiosas sin formación profesional o de empleadas de servicio. Si bien ya existían en nuestro país cuatro Escuelas de Enfermería, el número de egresadas era insuficiente para satisfacer la demanda.

Conscientes de la importancia de una formación superior que asegurara la calidad de los cuidados de enfermería, las religiosas “Esclavas del Amor Misericordioso de Jesús y María” tomaron la iniciativa de poner en marcha una Escuela para enfermeras profesionales.

Esta iniciativa fue apoyada por el enton-



ces Rector de esta Universidad, Monseñor Carlos Casanueva, quien la consideró de gran trascendencia.

El programa de estudios, desarrollado bajo la tuición de la Universidad Católica, entregaba el título de "Enfermera Sanitaria", similar al otorgado por la Universidad de Chile a las egresadas de Escuelas fiscales. Durante los cuatro años que duraba la formación, además de cursos y prácticas destinadas a entregar una sólida formación científico-técnica, se desarrollaban actividades con el propósito de que las alumnas se empaparan de los valores evangélicos que les permitieran reconocer su hermandad con el enfermo para hacerlas vivir el mandato divino "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", según consta en los documentos de esa época.

El régimen de internado, obligatorio para las alumnas seculares, la exigencia de aptitudes espirituales al ingreso y a la formación religiosa, constituían los aspectos cruciales del ambiente universitario y católico, en que se desarrollaba la formación de la personalidad de la futura enfermera.

Si bien siempre ha estado presente en la formación de la alumna de enfermería la importancia de los cuidados, fomento y protección de la salud, podemos decir que, en los primeros años, los objetivos de los cursos enfatizaban la preparación dirigida a ayudar a las personas a recuperarse de la enfermedad. La situación de salud así lo exigía. Recordemos que en la década del 50 nuestro país se caracterizaba por altas tasas de mortalidad, predominio de enfermedades infecciosas, expectativas de vida no superior a 50 años, atención profesional de baja cobertura y acelerado crecimiento demográfico.

La preocupación por el perfeccionamiento y la educación continua de las enfermeras ya recibidas aparece como misión de la Escuela a los pocos años de su creación, enviando primero a algunos de sus profesores a perfeccionarse al extranjero, y a otros a realizar cursos de especialización en la Universidad de Chile, para luego, ofrecer cursos para egresadas al interior de la propia Escuela. Es así como en el año 1973 es la primera entidad de su tipo que pone en marcha un programa de educación de posgrado

que otorgó durante seis años el grado académico de Magister en Enfermería.

En 1978 la Vicerrectoría Académica inició la revisión de los programas de posgrado otorgados por distintas unidades académicas, estimándose que nuestro programa debía suspenderse, ya que primero había que estudiar el otorgamiento del grado de licenciado. Esta decisión causó dolor y decepción entre los académicos.

Hoy comprendemos que probablemente la Escuela se había adelantado a los tiempos, no teniendo la madurez y el grado de solidez interna, y en una época en que aún no existía, a nivel local y nacional, el convencimiento de la necesidad de contar con una masa suficiente de enfermeras que se ocupasen del desarrollo de la Enfermería como disciplina.

En la actualidad existen diez programas de postítulo en diferentes especialidades de la Enfermería y anualmente se realizan más de veinte actividades dirigidas al perfeccionamiento.

Consecuente con la misión de formar un profesional de acuerdo a las necesidades de salud de nuestro país, en 1975 la Escuela puso en marcha un nuevo plan de estudios que integró la enseñanza de la obstetricia a la enfermería, ofreciendo así al país un nuevo profesional, capaz de otorgar cuidados a lo largo de todo el ciclo vital desde una perspectiva integral que considera, también, las necesidades de cuidado relacionadas con la función de reproducción humana.

Transcurridos cuarenta años de su creación, a lo largo de los cuales se han entregado 465 títulos de enfermera y 669 títulos de enfermera-matrona, continúa siendo misión fundamental de la Escuela, la formación de profesionales con una sólida base científica, inteligencia creadora, mentalidad crítica, sensibilidad social y espíritu de servicio, orientados por los principios ético-cristianos sustentados por la Universidad, con un profundo respeto por la persona, a quien se concibe como creación constante que genera cambios en sí misma y en su entorno, para desarrollarse integralmente en sus dimensiones espiritual, biológica, psicológica y social, y las cuales servirá como enfermera-matrona en todo lo relacionado con el cuidado de su salud cuando realmente lo requieran.

En su formación adquieren especial importancia los aspectos ético-morales, ya que a los egresados les corresponderá desempeñarse en un medio y una época en que los valores están en crisis. "A lo largo de los últimos años, en Chile se ha producido un deterioro en la adhesión a valores espirituales, los que han sido supeditados por la tendencia a conseguir y a gozar de los bienes materiales.

Entre los valores que han sido rebajados de jerarquía en la escala que rige la conducta del hombre actual hay dos grupos cuya crisis pone en serio peligro la integridad: son los que respaldan la primacía de su dignidad humana, el respeto y derecho a la vida y los que sostienen a la institución familiar". En el ámbito de acción de la enfermera-matrona estos valores están continuamente en juego.

Junto a lo anterior, cada día es más necesario para el desempeño del futuro profesional una sólida formación en ciencias psicosociales y el desarrollo de habilidades para un trabajo interdisciplinario. La situación de salud que caracteriza nuestra época dista mucho de la que predominaba en los años en que se creó esta Escuela. Con orgullo podemos decir que, hoy, el hombre puede vivir más años y que el riesgo que tiene de morir un niño que nace se ha reducido sustancialmente. Pero, junto a esto, han surgido como consecuencia del envejecimiento de la población, de los problemas del medio ambiente y de la crisis de valores, problemas de salud asociados a la forma como el hombre cuida y conduce su vida. Como ejemplo podemos citar las altas tasas de embarazo en la adolescencia, el alcoholismo, la drogadicción, el SIDA, y muchas de las enfermedades crónicas que afectan y causan la muerte de los adultos mayores. Es así como la enfermera-matrona que egrese mañana y le corresponda desempeñarse en el próximo siglo, necesitará el conocimiento y la experiencia que le permitan comprender y buscar soluciones bajo el apoyo de las ciencias del comportamiento humano. A diferencia de la época precedente, hoy día el hombre necesita ayuda para vivir mejor y no solamente para evitar las enfermedades o recuperar la salud perdida.

En la actualidad la Escuela está abocada

al estudio de modificaciones curriculares que permitan la puesta en marcha, a nivel de pregrado, de un nuevo plan de estudio que privilegie la formación general, las ciencias psicosociales, los aspectos ético-morales y mantenga un adecuado equilibrio con las ciencias biomédicas. Un programa en que el énfasis para el ejercicio profesional esté puesto en la atención primaria y en el fortalecimiento de conductas de líder como una forma de aportar a la meta "Salud para todos". También consideramos necesario introducir cambios metodológicos, a fin de estimular en el alumno el autoaprendizaje, el pensamiento crítico y la valoración de la educación continua como conducta profesional.

Confiamos en que a través de este nuevo plan de estudios podremos otorgar el grado de licenciado, facilitándose así el camino para proseguir con la maestría.

A nivel de postítulo, se están revisando los programas existentes y se estudia la puesta en marcha de otros que den respuesta a los problemas de salud del país, a las necesidades de perfeccionamiento de las enfermera-matronas y hagan posible compatibilizar los estudios con el ejercicio profesional.

Con el propósito de impulsar la investigación y poner luego en marcha un programa de posgrado, se están desarrollando estrategias junto a diversas gestiones que las apoyen. Una de ellas es el estudio para establecer un convenio de intercambio académico con universidades extranjeras.

Con respecto a la labor de extensión, este año ha comenzado a funcionar la Oficina de Promoción de Salud y Auto-cuidado, que realiza su trabajo en forma colaborativa con un equipo de enfermeras docentes y asistenciales.

La Oficina de Educación en Enfermería, responsable de la preparación y perfeccionamiento pedagógico de los profesores de la Escuela, ha asumido, además, la responsabilidad de editar una revista con el propósito de difundir las actividades de la Unidad Académica, promover el desarrollo integral de la enfermería y fomentar los valores culturales. Su primer número está próximo a editarse, constituyendo así la segunda publicación periódica de la Escuela.

Durante estos años, gracias a la con-

fianza y apoyo otorgados por la Universidad y Facultad respectiva, esta Escuela, además de ser depositaria del conocimiento adquirido, ha podido generar nuevo conocimiento y realizar una labor de extensión que la ha hecho meritoria del reconocimiento y prestigio nacional e internacional. Pero el grado de desarrollo adquirido por la enfermería como profesión, junto a la posición que ocupa esta Escuela dentro de las existentes en nuestro país, nos obliga a impulsar con renovados esfuerzos la búsqueda de nuevos conocimientos que permitan el desarrollo de la enfermería como disciplina. Queremos muy pronto expresar con claridad cuál es nuestro aporte a la solución de los problemas de la existencia del hombre, decir lo que tenemos en

común con otras profesiones y cuál es nuestra contribución particular. Queremos y debemos dar respuesta a las necesidades de desarrollo académico de las enfermeras de nuestro país. Para el cumplimiento de estas tareas hago un llamado a toda la comunidad de esta Escuela, solicito apoyo y advenimiento de las autoridades y le pido a DIOS su ayuda para que podamos ver, oír y sentir como quiere EL que contribuyamos a su obra creadora a través de la misión que nos ha encomendado.

#### BIBLIOGRAFIA

CROXATTO, H. *et al.*, Algunos Fundamentos y Principios de Acción Universitaria.

# Homenaje a un docente: Dr. Juan Fortune H.

Julio de 1990

**Dr. Jaime Paulos A.**

*Profesor Adjunto de Cirugía y Jefe de Traumatología  
y Ortopedia en el Hospital Clínico de la Pontificia  
Universidad Católica de Chile.  
Miembro del Directorio de la Sociedad Chilena  
de Ortopedia y Traumatología.*

El Servicio de Cirugía y la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile rinden hoy un homenaje a un ilustre Profesor en reconocimiento a su fructífera labor desempeñada por más de 40 años en Traumatología y Ortopedia.

Fui su alumno de 4º año en la Escuela de Medicina de la Universidad Católica en el año 1967. Para los que hemos sido sus discípulos, el Dr. Fortune representa mucho más que un profesor. El es un verdadero maestro. La medicina es un arte

y nuestra especialidad dentro de ella no es sólo un saber científico y un bien hacer, sino que también requiere de la sabiduría médica. Para Paracelso, la virtud del médico era el poder de curar y éste no se lograba sólo con el reconocimiento biológico, sino que con el servicio de Dios.

Los que hemos estado más cerca del Dr. Fortune, como el Dr. Carlos Liendo, el que habla y muchos otros, siempre hemos recalcado lo importante que son la presencia y los comentarios que el Dr.



Fortune hace en nuestras reuniones, no sólo por su contenido cognoscitivo, sino que a través de su enseñanza que inculca, especialmente a los alumnos y egresados jóvenes, profundas directrices en lo ético y moral que quedan grabados en los espíritus de esos médicos generales o especialistas que el día de mañana serán los que entreguen salud a cada uno de los habitantes de Chile.

Su dedicación especial ha estado dada a la enseñanza de la Ortopedia y Traumatología de pregrado o posgrado. Año tras año ha sido elegido por sus alumnos el mejor profesor de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica. Su entrega por la enseñanza ha sido absoluta, y ese camino no ha sido fácil para el Dr. Fortune. Creo que el amor y el don de entrega hacia sus alumnos han sido los únicos que le han permitido tolerar este difícil camino; él muchas veces lo ha dicho: "soy un profesor itinerante". Nuestra especialidad ha debido franquear muchas vallas, y esto también se refleja en el camino que el Dr. Fortune ha debido soportar luchando por mantener nuestra especialidad en el más alto de los pedestales.

Nuestra sociedad se ha visto enriquecida con todo el saber que el Dr. Fortune nos ha transmitido y, en forma muy especial, en el capítulo de los tumores óseos. ¡Cuántas reuniones, jornadas, seminarios, cursos de tumores óseos han sido dirigidas por el Dr. Fortune, entregándonos su conocimiento a través de la experiencia acumulada en el Registro Nacional de Tumores Óseos! Su paciencia y dedicación han permitido que este registro perdure por 30 años, siendo uno de los registros de tumores óseos más importantes en el mundo entero, con más de 3.000 casos revisados desde los puntos de vista clínico, radiológico, histopatológico, terapéutico y evolutivo.

Sin duda que el Dr. Fortune está caracterizado por una personalidad de maestro. Sus palabras remecan nuestros conocimientos y espíritus de una ma-

nera distinta. Quizás en forma anecdótica quisiera recordar aquella reunión de nuestra Sociedad en la que se discutía sobre las ventajas y desventajas de las placas y tornillos con el advenimiento de la AO, en la que el Dr. Fortune, muy sabiamente, dijo, provocando la hilaridad en los que lo escuchaban: "más confío en el osteoblasto que en esas placas y tornillos, no importa de dónde ellas procedan".

Sus clases son inolvidables. Médicos de todas las especialidades, años después de ejercer su profesión, siempre recuerdan con cariño sus frases. Cómo podrían los alumnos olvidar sus palabras maestras cuando, por ejemplo, en la clase de politraumatizados el Dr. Fortune, muy gráficamente, les describe los pacientes heridos de un choque en la Carretera Panamericana, advirtiéndoles que "la señora que grita y que quiere que la atiendan de inmediato porque se está muriendo, evidentemente no está grave, ya que si grita tiene sus pulmones y caja torácica totalmente sanos, ni tampoco tiene un TEC grave ni está en shock, y, al contrario, atiendan con prontitud a ese enfermo que sin moverse y sin decir una palabra yace en un rincón, realmente moribundo, en shock y a lo mejor próximo a dar su último suspiro vital".

Dr. Fortune, nuestro reconocimiento hacia usted no tiene límites; su enseñanza y sus consejos son los que un padre entrega a sus hijos; grande es la familia que usted ha formado y debo incluir en este reconocimiento a la señora Julia, su esposa, quien siempre nos ha recibido con mucho cariño, abriéndonos la puerta de su casa. Finalmente quisiera agregar que el Dr. Fortune sólo jubila en el papel; él continúa su actividad profesional y docente con mayor dedicación que nunca. Este es un homenaje más que la Escuela de Medicina y el Servicio de Cirugía debieran habitualmente otorgar a nuestros profesores y maestros, como el Dr. Juan Fortune Haverbeck.

## Palabras de agradecimiento del Dr. Juan Fortune H.



Quiero expresar, antes que otra cosa, la sorpresa extraordinaria, inesperada, al ver congregados en esta mesa nuestra a tantos colegas y amigos que han querido, de este modo, manifestar su afecto, su cariño y su respeto hacia mi persona. Y lo digo con una emoción muy sincera, considerando que este hombre que os habla siempre desarrolló su quehacer como médico y docente en una forma más bien humilde, embargado sólo en su labor que siempre consideró como consustancial a su espíritu: el de cuidar a sus enfermos y

enseñar todo cuanto pueda haber conocido, transmitir su experiencia y orientar a sus alumnos en la senda de su formación como personas y como futuros médicos de ciencia y de conciencia.

Y ello ocurrió en ustedes hace ya muchos años, y por ello resulta halagador y sorprendente que se hayan enraizado en vuestros espíritus el afecto, cariño y respeto que me estáis representando. Más todavía, mi incursión pedagógica lo fue en Ortopedia y Traumatología, ciencia y arte poco codiciados por los alumnos, a veces poco

atendidos y quizás algo olvidados. Pero el recuerdo de nuestra lejana vida en común permanece vivo en vosotros, lleno de cariño y respeto, y por ello, renuevo mi agradecimiento a todos vosotros.

Agradecimientos... es tan enorme la carga de gratitud que se va acumulando en mi espíritu, también en el vuestro...

He sido una semilla que salió de las manos del Divino Sembrador; también lo habéis sido todos vosotros; y como toda simiente sembrada por El, lleva en sí la impronta de su divinidad; semilla ennoblecida, que guarda en su germen la potencialidad del crecer, producir y crear; lleva la potencialidad del trabajo que ennoblece el espíritu del hombre; lleva la posibilidad de la Esperanza, de la Fe, del Amor. Por todo ello, ya debemos rendir nuestro corazón a la gratitud.

Pero aún hay más... Fue la nuestra una semilla que no cayó en el polvo del camino donde fuera pisoteada por el caminante y reducida también a polvo estéril; tampoco cayó a la vera del camino donde, dice la Escritura, fueron comidas por las aves del cielo sin que ni siquiera llegara a brotar; tampoco lo fue entre las zarzas y piedras donde la humedad de la noche la hizo brotar; la sequedad del día y las espinas la ahogaron y murió sin dar frutos.

No fue así para nosotros... ¡esta semilla nuestra cayó en buena tierra... tierra fecunda y noble!

Fue la Universidad, nuestra Universidad la que nos abrió sus puertas, nos ofreció sus aulas y dignificó nuestro espíritu al hacernos copartícipes de su misión, que es eterna.

Y nos colocó en esta Facultad, en esta Facultad de Medicina que es nuestra, y fuimos recibidos por sus docentes, ayudantes, profesores y maestros; y así fueron nuestras sus aulas, laboratorios y sus bibliotecas; después lo fueron sus enfermos y sus clínicas; y de estos docentes, no lo olvidéis, fueron desde entonces nuestros sus horas, días y años; fue nuestra parte importante de sus vidas.

Y así fue como creció y se hizo nuestra la vocación médica que quizás nació con nosotros.

Pero hay más. Esta Facultad nuestra quiso enaltecer aún más nuestros espíritus y lo hizo creando en nosotros una nueva vocación: la de enseñar y allí nos

entregó sus clínicas, sus enfermos, sus alumnos y guió nuestros pasos, y nos alentó en el caminar y he aquí que damos cima a las dos vocaciones de más alta nobleza y dignidad del espíritu humano: la de ser médico y ser maestro.

Veis... cuán buena fue la tierra que recibió en su seno la semilla nuestra, y por todo ello debemos dar gracias a Dios.

¿Comprendéis ahora por qué mi espíritu se exalta en expresión de gratitud?

A la Divina Providencia, que nos quiso hacer partícipes de su obra cósmica; a nuestra Universidad, que nos dignificó al recibirnos en su seno; a nuestros profesores y maestros, muchos de los cuales ya no están entre nosotros, y para los cuales debemos tener un recuerdo agradecido y eterno; a nuestros alumnos.

Jamás llegaremos a comprender con nuestra razón cuán grande es la dignidad que nos confieren nuestros alumnos al entregar en nuestras manos uno de sus valores espirituales más elevados, cual es el cultivo de una vocación que, como la nuestra, es consustancial a sus vidas. En esta entrega veamos la noble expresión de esperanza, de fe, de respeto y de cariño hacia nosotros. Quiero realzar esta actitud que nos dignifica y que nos honra; quiero magnificar la responsabilidad que conlleva nuestra vocación de docentes ante Dios, la Patria, la Universidad y ante nuestros alumnos.

Para con nuestra Facultad, para quienes la han dirigido y la dirigen hoy, con esfuerzo sostenido, con sacrificios que a veces casi son heroicos, gracias les sean dadas a ellos porque su quehacer nos ha permitido poseer para nosotros una Facultad, una Escuela Médica y una clínica de las cuales debemos enorgullecernos legítimamente.

¿Habéis pensado cómo sin Universidad, sin Facultad, sin Escuela... habríamos de encontrar la senda de nuestro devenir? ¿Dónde buscar la riqueza del saber? ¿Dónde encontrar las tribunas para enseñar nuestra doctrina y ser oídos en la verdad de nuestra docencia?

Me habéis oído de muchas gratitudes. Permitidme expresar una más.

En mi vida, en nuestras vidas, nunca hemos estado solos.

Hace ya algunos decenios hubo una mujer, joven, hermosa, que llena de ilu-

siones quiso unir su vida a nuestras vidas y en su largo caminar junto a nosotros fue conociendo de aquellas amarguras que quizás alguna vez ensombrecieron nuestra vida.

No olvidemos que aquellos años fueron de duro trabajo, de sacrificio, quizás de estrecheces a veces crueles.

Allí hubo siempre una mujer que conoció de nuestro cansancio y lo supo mitigar; que adivinó nuestras ansias de avanzar y las supo alentar; hubo una mujer que se entristeció con nosotros y con su risa alentó el éxito que nos ensalzó.

Hubo una mujer que hizo suya una causa, que siempre creíamos era sólo nuestra; que luchó abnegada y silenciosamente sin permitir que nunca lo supiéramos y cuando el triunfo iluminó nuestro quehacer, quizás no vivió la satisfacción de verlo compartido.

Solamente ellas saben de sus íntimas penas por nuestros propios fracasos; del renunciamiento a muchos anhelos

vivamente ansiados y que siempre supieron postergar; de muchas angustias por nuestras propias angustias; de sus penas por nuestras propias penas.

Por ello, en el triunfo que podamos alcanzar, siempre vivirá el alma de una mujer que quiso unir su vida y su destino al nuestro. No lo debemos olvidar jamás...

¿Véis, mis amigos, cuánta gratitud debe haber en nuestras almas?

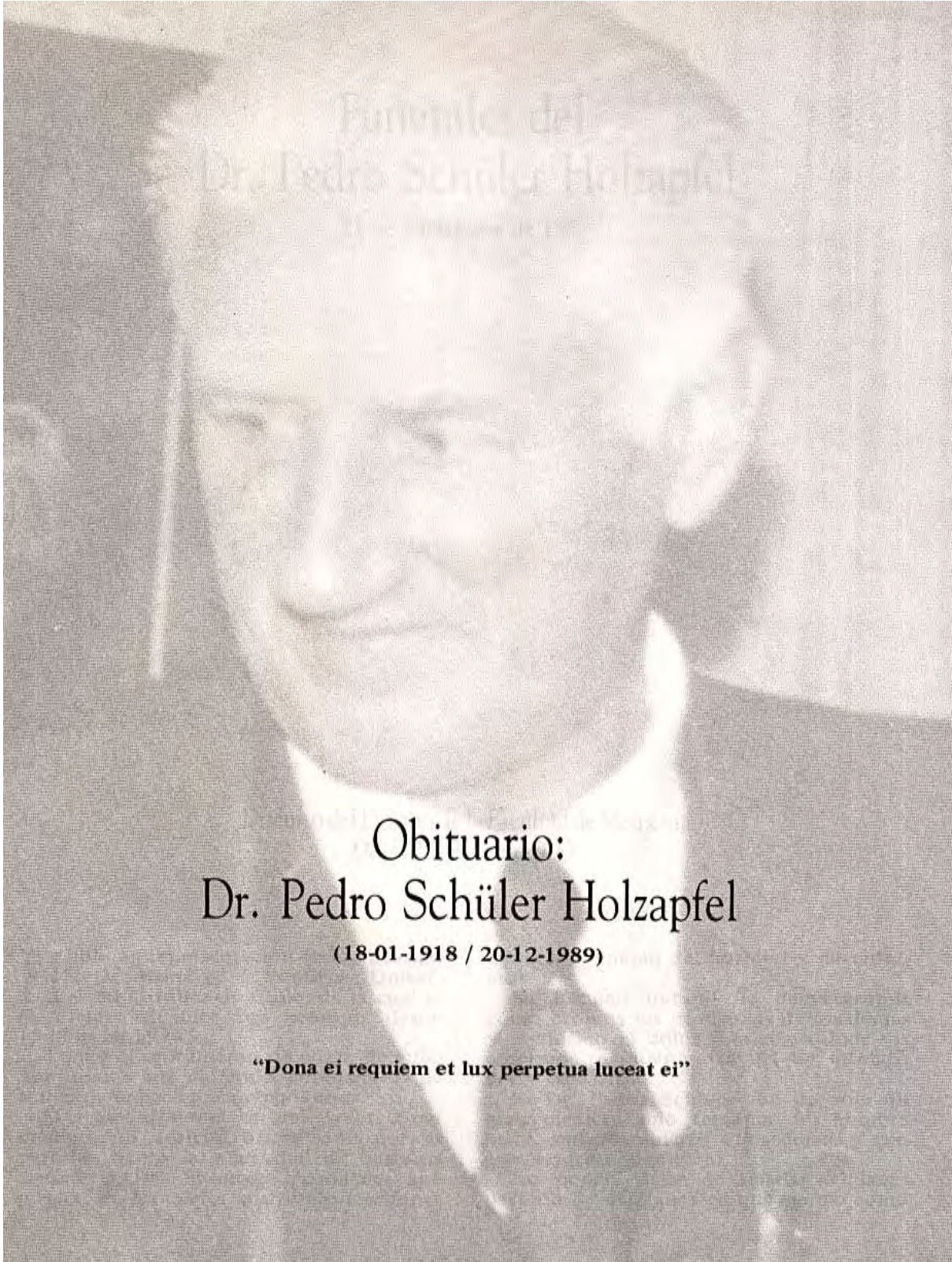
Para con la Providencia Divina, para con la Universidad, su Facultad; hacia nuestros maestros y profesores, a nuestros colaboradores, a vosotros todos y a nuestros alumnos...

A todos ellos mi más profunda expresión de gratitud; todos han permitido que en mi vida se haya podido realizar en plenitud toda la fuerza de aquellas dos vocaciones que la Providencia puso en mi vida, quizás desde el principio de los tiempos.

Por todo ello, gracias les sean dadas a Dios.

Gracias.



A black and white portrait of an elderly man with short, light-colored hair, wearing a dark suit jacket, a white collared shirt, and a dark tie. He is looking slightly to the left of the camera with a neutral expression. The background is a plain, light-colored wall.

Obituario:  
Dr. Pedro Schüler Holzapfel

(18-01-1918 / 20-12-1989)

**“Dona ei requiem et lux perpetua luceat ei”**

# Funerales del Dr. Pedro Schüler Holzapfel

21 de Diciembre de 1989

Discurso del Decano de la Facultad de Medicina  
Dr. Ricardo Ferretti D.

**H**ablo en representación de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile, de la cual el Dr. Pedro Schüler fue profesor desde 1948 hasta 1979.

Traigo el sentimiento de pesar de quienes fuimos sus alumnos, compañeros de trabajo y amigos por muchos años.

Más que destacar su gran labor como médico, mi espíritu acongojado por su partida siente la necesidad de destacar algunas de las hermosas cualidades que poseía, de las cuales disfrutaron su fami-

lia, la comunidad del hospital y sus enfermos.

Su bondad natural le hacía asumir como propios los problemas de los demás y, asimismo el dolor y la angustia de sus enfermos, a quienes trataba de infundir paz y confianza.

El Dr. Pedro Schüler fue no sólo un gran médico, sino también un hombre justo, sincero, abierto a los demás y con gran espíritu de servicio.

No podría dejar de señalar el largo período de diez años en que ejerció como

director del Hospital Clínico. Su desempeño fue brillante, porque lo sintió suyo; quiso a sus funcionarios, porque conocía bien a cada uno, y ellos siempre se sintieron acogidos y valorados por él.

También debo señalar la magnífica labor que realizó como Presidente de la Sociedad Médica de Santiago, que constituyó un fuerte impulso para que dicha sociedad haya alcanzado el desarrollo y prestigio que hoy tiene.

Conoció muchos triunfos, pero no se envaneció. Tuvo horas de amargura y las vivió con entereza.

Como profesor entregó a sus alumnos sus conocimientos sin restricciones, con sencillez y modestia, y con la satisfacción de quien transmitió sus vivencias a quienes estaban ansiosos de aprender y recibir, especialmente de este profesor que les enseñaba con amor. Tuve el privilegio de ser uno de sus muchos alumnos. Sentí su apoyo permanente durante mis estudios de Medicina Interna, y posteriormen-

te me distinguió con su amistad y sabios consejos.

Guardo en mi recuerdo, con gran nitidez, muchos momentos que compartimos en la sala del hospital, aun cuando los años han pasado demasiado rápido, lo sigo admirando, con gran aprecio y gratitud, no sólo por lo que me enseñó, sino también por la forma en que lo hizo.

Cuando supo la verdadera naturaleza del mal que lo afectaba luchó con hombría, lo aceptó con resignación.

Es en un momento como ese cuando uno comprende la sabiduría que tuvo al retirarse oportunamente a su refugio tan querido de Pucón, junto a su esposa. Allí disfrutó de la tranquilidad y belleza del lugar, sin abandonar completamente su querida Medicina.

El Dr. Pedro Schüller vivirá en el recuerdo de aquellos que tuvieron la oportunidad de conocerlo y apreciarlo en toda la grandeza de sus valores.

### Discurso del Presidente de la Sociedad Médica de Santiago Dr. Vicente Valdivieso D.

**E**n representación de la Sociedad Médica de Santiago vengo a despedir a mi querido profesor y amigo don Pedro Schüller y a dar testimonio, ante quienes nos acompañan, de la extraordinaria ayuda que él prestó a nuestra Institución.

Don Pedro recibió su Título de Médico en 1942, y al año siguiente ingresó a la Sociedad Médica de Santiago. Formó parte de su directorio como representante de los internistas de la Universidad Católica, durante 26 años consecutivos, entre 1951 y

1977. En este prolongado período de colaboración desinteresada y generosa ocupó todos los cargos directivos hasta llegar a la presidencia, que desempeñó con singular acierto los años 1975 y 1976.

Su extraordinaria labor en la Tesorería de la Sociedad ha sido ampliamente reconocida. Puso al servicio de la institución su gran capacidad administrativa, logrando aumentar notablemente su patrimonio. Estos ahorros fueron los que permitieron en buena medida que años más tarde la sociedad construyera su actual sede de



Presidente Riesco, iniciando una nueva etapa al servicio de la Medicina Interna del país. Así lo comprendió don Pedro hace un año, cuando participó con alegría y justificada satisfacción en la inauguración del nuevo edificio de la sociedad.

Ya se han destacado aquí los inestimables servicios prestados por nuestro querido amigo a la vida universitaria y al desarrollo de la Medicina en nuestro país.

Quiero recordar también entre sus múltiples cualidades su amor por la naturaleza, manifestado de manera tan notable y creativa en su hermoso retiro de Pucón, y su espíritu sencillo, alegre y optimista con el que allanó tantas dificultades y atrajo tantas voluntades. Pido a Dios, Nuestro Señor, que premie su inagotable vocación de servicio acogiéndolo en su luz.